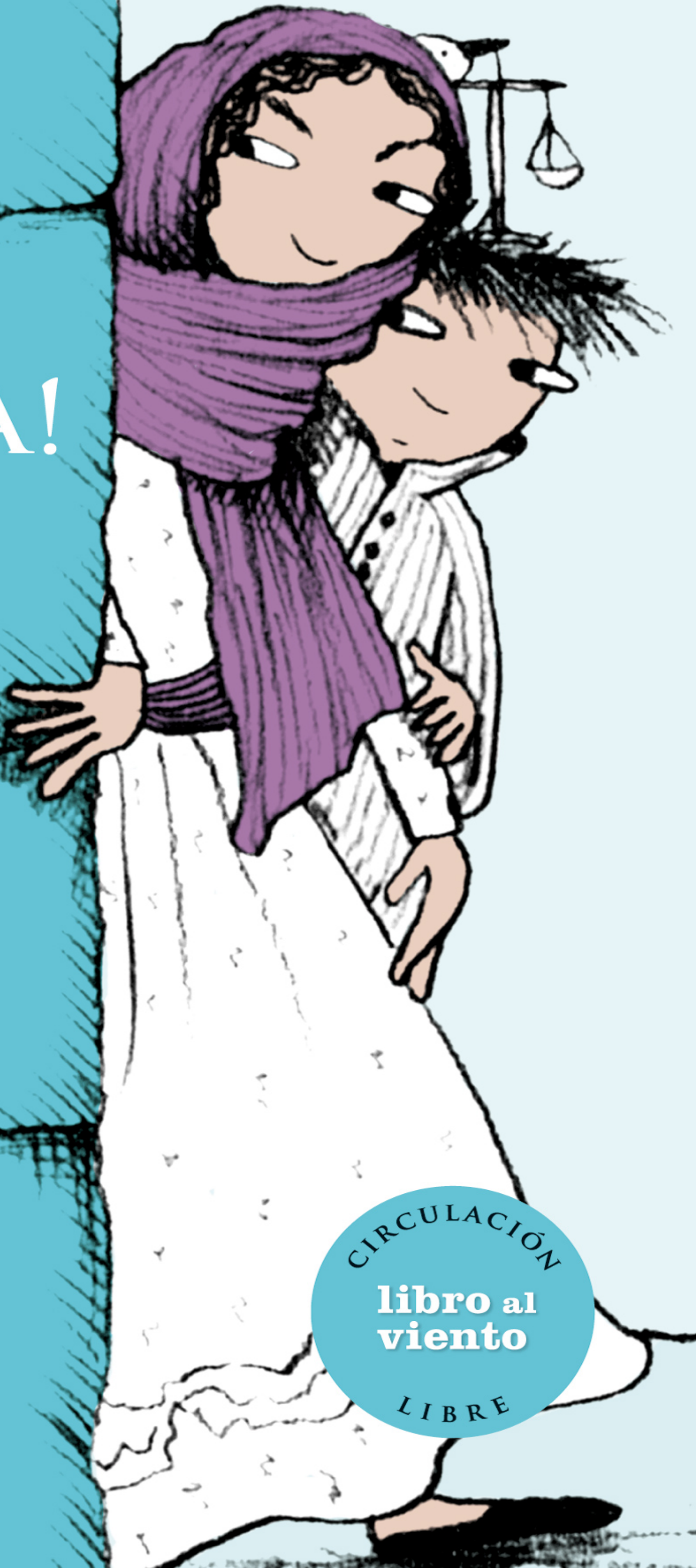
¡Viva la Pola!

Beatriz Helena Robledo



Ilustrado por

Olga Cuéllar

Circulación libre

libro al viento

libro al viento

Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.

Circulación libre
libro al viento

¡Viva la Pola!

Biografía de Policarpa Salabarrieta



Beatriz Helena Robledo

Ilustrado por Olga Cuéllar

Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Ingrid Liliana Delgado Bohórquez, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Secretaría de Educación del Distrito
María Victoria Angulo González, Secretaria de Educación
Iván Darío Gómez Castaño, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Germán Arturo Cabrera Sicachá, Director de Preescolar y Básica
Jerónima Sandino Ceballos, Directora de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos
Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Pedro Rapoula, Coordinador de Ferias
Sandra Pulido, Gerente Ferias
Gerencia de Literatura Idartes
Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Mariana Jaramillo Fonseca, Carolina Hernández Latorre, Lucano Tafur Sequera, Ricardo Ruiz Roa, Carlos Ramírez Pérez, Rafael Arturo Berrío Escobar, Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño, octubre de 2009
De esta, segunda edición, digital: Instituto Distrital de las Artes – Idartes, diciembre de 2016

Julio Paredes Castro, Asesor editorial de la primera edición
Óscar Pinto Siabatto, Cuidado de esta edición + diseño + diagramación
978-958-8997-14-8, ISBN
eLibros Editorial, Digitalización
Hecho en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Calle 8 No. 8-52
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contáctenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento Gerencia Literatura Idartes @Libro_Al_Viento

Contenido



¡Viva la Pola!

Ya se ve, pues, que comenzábamos á
adiestrarnos en esto de matar, en que
tantos progresos hemos hecho después.

José María Espinosa
Memorias de un abanderado

Dice José María Ibáñez que un oficial patriota oriundo de Bogotá, Joaquín Monsalve, quien sufría prisión por sus compromisos políticos, fue el autor del anagrama de Polycarpa Salavarrieta: YACE POR SALVAR LA PATRIA, el cual circuló clandestinamente y no se publicó hasta 1820 en el *Correo del Orinoco* que aparecía en la ciudad de Angostura. Monsalve pudo suponer que Policarpa como nombre helénico, se escribía con y, por lo cual acomodó dicha letra en la palabra yace.

La Pola yace por salvar la patria

El anagrama de la pola

L	A	*P*	*O*	*L*	*A*	Y	A	C	E
1	2	3	4	1	2	5	2	6	7
P	*O*	*R*	S	A	L	V	A	R	
3	4	8	9	2	1	10	1	8	
L	*A*	P	A	T	R	I	A		
1	2	3	2	11	8	12	1		

P	O	L	I	C	A	R	P	A	S
3	4	1	12	6	2	8	3	2	9
A	L	A	V	A	R	R	Y	E	
2	1	2	9	2	1	10	5	7	
T	A								
11	2								

Infancia y adolescencia

Villa de San Miguel de Guaduas. Corría el año 1792, o quizás el de 1793. No, mejor el de 1796. Eso no está claro aún para la historia. Lo que sí podemos afirmar es que un día de alguno de esos años nació Gregoria Polonia Salabarrieta, hija de doña Mariana Ríos Chamorro, de origen boyacense, y de Joaquín Salabarrieta Morales, quien llegó a la Villa en 1781, con José Antonio Galán, como miliciano de los comuneros.



Hoy en día se da por sentado que su lugar de origen es Guaduas, pero Rafael Pombo aseguró que había nacido en Mariquita, y José Caicedo y Rojas afirmaba que en Bogotá. Pedro María Ibáñez por su parte insistió en que la Pola, como la llamaron sus amigos más cercanos, era oriunda de Guaduas y que no se había encontrado su partida de bautizo debido a que la página del libro donde estaba había sido arrancada para ocultar asuntos familiares de algún vecino de la misma villa. Quizás no importa tanto el lugar donde nació como aquel en que se crio y pasó su infancia y gran parte de su adolescencia: la Villa de Guaduas fue reconocida oficialmente como

la cuna de La Pola en 1894 cuando además se ordena erigir en esta ciudad un monumento en su memoria.

Nuestra historia está hecha en parte de rumores y de chismes y en parte de verdades. Tal vez por no haber encontrado su partida de bautizo al contrario de la de sus otros ocho hermanos, es que muchos años más tarde Rafael Marriaga escribiera una biografía inventando que la Pola había sido fruto de un desliz de don Joaquín y que eso explicaba que no estuviera registrada en la parroquia de Guaduas. Esta historia hizo temblar de rabia y desconcierto a los honorables miembros de la Academia de Historia y muchos otros historiadores, quienes despliegan pruebas y argumentos para limpiar el origen de nuestra heroína más querida y recordada. Y no es para menos. El aporte de esa joven valiente a la causa revolucionaria no lo puede empañar una partida de bautizo extraviada en el desorden de los archivos parroquiales de una época testimoniada sobre todo por los diarios y cartas de muchos de nuestros patriotas.

De su temprana infancia se sabe poco, pues no es común documentar la historia de los niños. Lo que sí tiene registro es la fecha en que Polonia Salabarrieta queda huérfana. En 1802, cuando una epidemia de viruela azota Santafé de Bogotá, mueren sus padres. Ya había perdido a dos de sus hermanos: María Ignacia y Eduardo.

En 1798 se había trasladado toda la familia a la capital donde don Joaquín adquiere una casa de tapia y teja en el barrio Santa Bárbara. Sin embargo, conserva parte de sus bienes y negocios en Guaduas y a donde viaja con regularidad. En Santafé nacen los dos últimos hijos: Francisco Antonio y Vicente Bibiano María.

Hay consternación en el barrio de Santa Bárbara. Siete niños han quedado huérfanos y el mayor de los varones, José María de los Ángeles, solo tiene doce años. La Parroquia se muestra solidaria y el presbítero Salvador Contreras se hace cargo del entierro y del testamento. Manda a vestir el cuerpo de don Joaquín con el hábito del Seráfico padre San Francisco, siguiendo la voluntad del difunto, celebra misa en la iglesia parroquial de Santa Bárbara y paga veinticinco pesos y cinco y medio reales por la misa, el cajón de madera, los cantores, el sacristán mayor y el menor, las misas del alma, cera y paños. Paga las deudas del difunto y entrega a sus hijos los bienes, entre los que se declara la casa de Santa Bárbara, valorada en mil pesos con su tienda accesoria, sala, alcoba, cuartos, cocina y huerta; doce mulas, siete caballos los cuales se hallan en poder de Manuel Salgado

vecino de Facatativá; un sillón nuevo con su ropaje de terciopelo carmesí con sus chapas de plata, buen freno y la jáquima también chapeada de plata valorada en ciento veinte pesos.

La lista del testamento es larga pues se enumera cada una de las pertenencias de los esposos Salabarrieta, desde sus ropas, pasando por el menaje de la casa, hasta las joyas de doña Mariana que demuestran la mediana prosperidad que había alcanzado don Joaquín con sus negocios de mulas: cinco pares de zarcillos de oro, unos de amatistas, otros de piedras azules, otra de esmeralda y dos pares de filigrana; una cadena de oro con su corazón de lo mismo, seis sortijas, cuatro de oro con sus esmeraldas, otra de plata; una gargantilla de perlas con dos cuentas de oro, entre muchas otras piezas de valor.

La muerte de los progenitores disuelve la familia. Es necesario cerrar la casa pues está infectada de viruela. José María y Manuel ingresan a la comunidad de los Agustinos, Ramón y Francisco Antonio viajan a trabajar a una finca en Tena y Catarina, la mayor de todas, se hace cargo de Polonia y de Bibiano y decide regresar a Guaduas a vivir con su madrina Margarita Beltrán, hermana de Manuela. Más tarde Catarina se casa con Domingo García y se llevan a los dos pequeños a vivir con ellos, a la misma casa donde Catarina había pasado su infancia.

Polonia es una niña inquieta y muy despierta y demuestra avidez por aprender. Es por esto que Margarita Beltrán intercede ante los padres franciscanos para que pueda ingresar a la escuela del Convento de la Soledad. Allí aprende a leer y a escribir, estudia la doctrina y la historia española y aprende a tocar la guitarra y a cantar. Cuando escribe su nombre por primera vez, conoce la historia de su apellido: se entera que Salabarrieta proviene de Solabarrieto, apellido vizcaíno que significa «de la nueva heredad», conocido en Santafé en el siglo XVII por don Juan Martínez de Solabarrieta, cuyos descendientes se establecieron en Vélez y el Socorro, Santander, de donde era originario su padre. Mucho tiempo después se cambia la *b* larga por *v* y es por eso que hoy en día su apellido es Salavarrieta.

Le gustaba escuchar la historia de la fundación del convento pues era como conocer el origen de la villa de Guaduas. Admiraba la figura del padre Tomás de Morales, quien se había empeñado en buscar al dueño y señor de los guaduales, don Benito Sánchez, encomendero acaudalado, con el fin de convencerlo de ceder una parte de sus tierras a la orden franciscana

para que la comunidad construyera una recoleta destinada a la meditación. Era una historia que se remontaba al siglo XVI. Sin embargo, sólo hasta 1622 se inicia la construcción del convento, el cual se convierte en hospedaje de muchos de los viajeros que pasaban por el camino real entre Honda y Santafé.

Polonia se quedaba jugando en el jardín del convento después de las clases, recorriendo sus huertas que llegaban hasta la orilla del río. Los españoles habían llevado allí por primera vez los limones y otros frutos que no existían en América como las naranjas de Andalucía. Saboreaba con gusto las uvas negras también importadas de España y los deliciosos nísperos traídos de las Antillas. Supo que en esos mismos jardines su compatriota, Francisco Javier Matis, había aprendido botánica y a dibujar con tanta precisión y belleza que fue escogido por José Celestino Mutis como dibujante de la Expedición Botánica.

La demanda de hospedaje por parte de los viajeros es cada vez mayor. No todos pueden quedarse en el convento a donde llegan los más ilustres, ni en *La Casa de los Virreyes* o *Casa del camino de Guaduas* del corregidor Joseph Acosta, a donde llegan sólo los más prestigiosos incluidos los españoles de alta alcurnia. Catarina y su esposo decidieron entonces acondicionar parte de su casa para recibir a los huéspedes que por allí pasaban, siguiendo la tradición de don Joaquín Salabarrieta.

Polonia, convertida en una adolescente vivaz y atenta, ayuda a su hermana a atender a los transeúntes, combinando estas labores con clases de corte y confección en casa de las señorita Cañizares, española pobre quien enseñaba a un grupo de jovencitas de Guaduas. Acondiciona además una parte de la casa para dar clases de lectura y escritura a los niños de Guaduas.

Indagando un día con Margarita Beltrán sobre su padre se entera de la historia del movimiento comunero. Margarita le cuenta cómo los españoles implantaban cada vez más impuestos con el fin de financiar la guerra con la Gran Bretaña, impuestos que estaban arruinando a los comerciantes hasta el punto de que la gente empezó a protestar. Le contó cómo su hermana Manuela, quien tenía una tienda en el Socorro, tuvo la valentía de arrancar las listas de impuestos pegadas en las paredes gritando «¡Viva el rey, muera el mal gobierno!». A ella se unieron otros y la protesta fue extendiéndose por las otras provincias del norte: San Gil, Girón, Charalá, Vélez, hasta que unidos se fueron marchando a Santafé. Corría el año 1781. El jefe de esta

revuelta era Juan Francisco Berbeo, quien logró conquistar adeptos hasta reunir cerca de 20.000 hombres armados de picas, lanzas, hondas y arcabuces. Acamparon en Zipaquirá el 26 de mayo. Después de muchas deliberaciones en Santafé, por parte de la Audiencia con el visitador regente Gutiérrez de Piñeres, logran aceptar la intermediación del arzobispo Caballero y Góngora, quien se desplaza a Zipaquirá con otros funcionarios para llegar a algún acuerdo con Berbeo.

A Polonia le pareció muy justo el pedido de los comuneros de abolir los impuestos, pero sobre todo aquello de exigir que se privilegiara en algunos empleos a los americanos por sobre los españoles, pues por lo general ocurría lo contrario y estos se creían los amos y consideraban inferiores a los nativos. Se redactó entonces un acuerdo, consistente en treinta y cinco puntos, según el cual las autoridades se comprometían a abolir los impuestos en su totalidad, a garantizar la seguridad de los involucrados en el movimiento y a expulsar al visitador Gutiérrez de Piñeres. Este pacto se conoció con el nombre de *Capitulaciones de Zipaquirá*.

Mientras tanto José Antonio Galán, quien no creía en la promesa de los españoles de respetar las capitulaciones, marcha al occidente a interceptar las comunicaciones entre Santafé y Cartagena. Después de vencer al enemigo que lo persigue, entra triunfante a Guaduas donde encuentra apoyo sobre todo de aquellos que manufacturaban cigarros y aguardiente. Además de dinero y armas le regalan una silla con incrustaciones de plata para su cabalgadura. Luego prosiguió el caudillo hacia Mariquita, donde dio libertad a los esclavos de las minas de Malpaso declarando, en nombre del Común, abolida la esclavitud.

Las sospechas de Galán resultaron ciertas. Las autoridades incumplieron las capitulaciones y, después de perseguir a los comuneros, logran apresar a Galán junto con sus compañeros el 13 de octubre en Ocaña. Fue trasladado a Santafé y ajusticiado el 1 de febrero de 1782.

Polonia se siente orgullosa de que su padre hubiera hecho parte de este movimiento y hubiera acompañado a un verdadero defensor de los intereses del pueblo. Pero quedó aterrada de lo que Margarita le contó después. Le parecía increíble que pudiera existir tanta crueldad y tanta barbarie. No les bastó ahorcar a Galán, sino que su cuerpo fue despedazado y cada parte destinada a un lugar diferente para escarmiento de aquellos que intentaran desafiar la autoridad virreinal. La cabeza fue llevada a Guaduas y puesta en una jaula de madera a la entrada de la villa, en un madero de considerable

altura y en la parte más pública, mirando para el pueblo de Charalá, donde había nacido. Era tan impresionante la imagen que varios testigos describen el horror. Entre ellos el padre Mora Díaz, quien relata:

> Varios días estuvo sangrando aquí la cabeza de Galán, ensartada en una pica para escarmiento de los insurgentes. Todos los transeúntes vieron esos ojos cerrados, cárdenos, y esos cabellos desgreñados flotando a merced de los vientos. Las aves del cielo revoloteaban primero alrededor de la pica, luego se sentaron sobre el trofeo de muerte y por último picoteando los ojos y el cráneo dejando exhaustas las cuencas. (Hincapié Espinosa: 1952, p. 83).

La joven quedó consternada. No podía quitarse la imagen de la cabeza. Volvió a pensar en su padre tan cercano a Galán, con quien luchó y recorrió los caminos defendiendo los intereses de los desposeídos. Tuvo que haber sido muy difícil para él ver allí su cabeza descomponiéndose y sin poder hacer nada. «Un espectáculo macabro», le decía la gente cuando empezó a preguntar más sobre el horrible suceso. Entiende ahora por qué a ese lugar de la exhibición lo llaman *El Chuzo*.

A partir de entonces empezó a escuchar con más cuidado las conversaciones de los visitantes que se alojaban en su casa, y se despertó en ella un fuerte deseo de aprender sobre la libertad de los pueblos. Conoce sobre la Revolución Francesa, sobre la Declaración de los Derechos del Hombre y se entera de que el general Antonio Nariño había hecho la traducción del francés al español en 1794. Supo que debido a este documento, que circulaba clandestinamente entre las gentes, empezaron a aparecer pasquines, protestas y a organizarse en diferentes regiones del país grupos de conspiradores contra la opresión del tirano español. Supo también que Nariño había sido capturado y puesto en prisión y enviado a las mazmorras de Cartagena y que también había pasado por Guaduas.

Un día de 1808, cuando estaba en el mercado acompañando a su hermana a comprar las viandas para abastecer la comida de los huéspedes, conoce a los hermanos Leandro y Alejo Sabaraín, hijos de Joaquín Sabaraín, quien era funcionario de las Reales Minas de Plata de la provincia de Mariquita y quienes eran naturales de Honda. De inmediato hubo atracción entre Alejo y Polonia, eran casi de la misma edad y por las conversaciones que empezaron a sostener compartían también las mismas inquietudes políticas. Alejo era delgado y alto, con grandes cejas y ojos negros, y quedó prendado no sólo de la figura esbelta y ágil de Polonia, sino y sobre todo de su inteligencia. Desde entonces, Alejo procura ir más a menudo a Guaduas a

compartir con Polonia las conversaciones con los transeúntes del camino real y las veladas que Polonia ameniza con su guitarra y su dulce voz cuando entona las coplas que ensaya para las fiestas.

Quisiera vestir de azul
Como se visten los cielos
No hay cielo que no sea azul,
Ni amor que no tenga celos

O los ensayos de baile con sus amigas las cintureras, quienes además de fabricar sombreros de paja, o de enrollar cigarros perfumados, zurcir encajes de filigrana, elaborar confituras y colaciones, o preparar la horchata y la naranjada, que semanalmente muestran en la Plaza Mayor los sábados en la noche, danzan y cantan con tanta gracia que la gente entonaba cada vez que las veía:

Miren qué cinturita,
Miren qué talle;
Cómo quieren que un hombre
Se meta a fraile!
Taralalá, taralalá... la... la
Se meta a fraile!

Polonia había aprendido a bailar de maravilla el torbellino, el bambuco y la polca.

Pero no todo era alegría y tranquilidad en la villa de Guaduas. Las noticias y rumores sobre conspiraciones, juntas, enfrentamientos entre criollos y realistas, aumentaban cada día. Alejo venía cada vez menos o cuando aparecía sólo hablaba de noticias políticas: le había contado que el general Napoleón Bonaparte había puesto en el trono español a su hermano José y que en Santafé se había pronunciado en contra de este designio Camilo Torres. Torres proponía seguir el ejemplo de las provincias españolas que se proclamaron soberanas para apoyar al rey Fernando. El 19 de abril de 1809 corrió la noticia falsa de la retirada de Napoleón de España, y en la Nueva Granada se levantó un grito unánime de ¡Viva Fernando VII!

El 12 de junio se celebró una misa solemne ofrecida por el cabildo antes de las elecciones de representantes del Nuevo Reino en las Cortes de Sevilla, suprema autoridad legislativa; en la terna de preselección de los santafereños se encontraba Camilo Torres. Fue electo Luis Eduardo Azuola, y Camilo Torres quedó como asesor del cabildo santafereño. Desde esta posición Torres escribió su célebre *Memorial de agravios*, como respuesta del cabildo de Santafé a la Junta Central Española ante la intención de permitir la presencia de americanos en la Junta, pero en un número irrisorio. En el *Memorial*, Torres expuso las quejas de los neogranadinos. Sin dejar de alabar a la autoridad española, criticó su política y exigió la igualdad de derechos políticos para criollos y peninsulares; expuso cómo el actual sistema educativo era un gravísimo error para la difusión de conocimientos; cómo España no recibía sino los beneficios que podía obtener de América, pero no oía sus males. La crueldad de las autoridades españolas en la colonia generaba un proceso de inconformidad tal, que se produjeron varias manifestaciones de rebelión. El 13 de enero de 1810 se conoció en Santafé que había sido controlada la insurrección en los Llanos Orientales y decapitados los patriotas revolucionarios José María Rosillo y Vicente Cadena.

El domingo 22 de julio hay algarabía en la villa de Guaduas. Los rumores pasan de voz en voz. Los hermanos Salabarrieta han madrugado a la Misa Mayor para poder atender durante el día las demandas de la posada. A la salida se enteran de lo que ha ocurrido en Santafé dos días antes, el 20 de julio de 1810: se había declarado el grito de independencia. Se unieron todos a la celebración y a los gritos de ¡Viva la independencia! Polonia se sumó a la manifestación junto con su hermano Bibiano.

Esa noche se enteraron de lo que fue la última gota que faltaba para derramarse el vaso: unos criollos estaban organizando el recibimiento del señor Antonio Villavicencio, ilustre quiteño que venía en representación de la Regencia. Don Antonio y Francisco Morales fueron al almacén del chapetón González Llorente, comerciante de la Calle Real, a prestar un jarrón muy fino importado de España y él les respondió con groserías, gritándoles que le importaban un carajo los americanos, los insultó hasta el punto de que uno de ellos le asentó un puño a González Llorente y se armó la de Dios es Cristo. La gente se fue aglomerando, el tumulto fue creciendo, la gente se fue armando de palos y picas y empezaron a gritar: ¡Mueran los chapetones! Los comerciantes empezaron a cerrar sus negocios y a unirse a

la multitud, los vendedores de la plaza de mercado se unieron a la protesta –pues era viernes, día de mercado en Santafé–; las campanas de las iglesias tocaron a rebato y la multitud se dirigió a la casa del Virrey, reclamando: «¡Junta, Cabildo abierto! ¡Queremos que se nos escuche!». El Virrey se negó varias veces a permitir el cabildo abierto. El pueblo, al ver las repetidas negativas del Virrey, llegó al colmo de la exaltación y envió a un grupo de patriotas dirigido por José María Carbonell, don Salvador Cancino, don Benedicto Salgar y don Antonio Malo, según relata José María Ibáñez en sus *Crónicas de Bogotá*, y exclama:

> ¡Qué carnes se le pondrían al Virrey y qué entrañas a la orgullosa Virreina, después de la ostentosa arrogancia de las dos negativas, cuando se vieron forzados a conceder el Cabildo extraordinario, siguiendo el juicioso consejo de Don Juan Jurado. (Ibáñez: 1915, p. 337).

Continúa Ibáñez:

> Don Juan Jurado abrió la sesión del Cabildo, cuando ya anochecía, a nombre del Virrey, y con el carácter de extraordinario. A las seis de la tarde las campanas de todas las iglesias de la ciudad tocaban a fuego. La alarma aumentaba naturalmente. El pueblo que llenaba la plaza aclamó a José Acebedo Gómez como su Tribuno. La guardia de la cárcel fue desarmada y rendida a pedradas por el populacho. Las masas eran dirigidas con inteligencia por varios patriotas exaltados. En esas circunstancias el Cabildo extraordinario se constituyó en Cabildo abierto. (Ibáñez: 1915, p. 338).

Ese mismo día empezaron a llegar a Guaduas los españoles escapados de Santafé rumbo a Cartagena. Días después llegaron el Virrey Amar y Borbón y su esposa Francisca Villanova custodiados por un escuadrón de caballería. Se alojaron en casa de los Salabarrieta. A la virreina le cayó en gracia la joven guadueña. La Pola había oído del mal carácter de la virreina y que era ella quien daba las órdenes al marido. Esta mujer era poco querida por el pueblo santafereño. Aprovechó esta circunstancia, y el hecho de que ya estaban de regreso a su patria, para expresar todo su pensamiento frente a la causa independentista y la necesidad de que los pueblos se gobernaran por ellos mismos. La Virreina la escuchó admirada, por la inteligencia de la joven, y antes de irse le auguró, sin siquiera sospecharlo, su destino: «Cuídate mucho, Polonia, eres muy joven y bella; los tiempos son difíciles. No vayas a precipitarte a un destino trágico».

El grito de independencia de 1810 fue apenas el anuncio de un proceso de lucha que se iba complicando poco a poco. No era un grito mágico, como pasaba en los cuentos maravillosos que había escuchado Polonia de labios de su madre en su temprana infancia. Comprendió la verdadera

dimensión de una revolución cuando se enteró de que los jóvenes estaban siendo llamados a alistarse en los ejércitos patriotas para defender la libertad. Se sentía el desorden, la zozobra y empezaban a encarecerse las cosas y a escasear los alimentos. Los viajeros traían noticias cada vez más preocupantes.

Cartagena lanzó una proclama invitando a todas las provincias a reunirse en Medellín para organizarse en un gobierno federal que mantuviera la independencia de cada una. Nariño, liberado de la prisión en Cartagena, emprendió viaje a Santafé para tratar de impedir una división que consideraba inoportuna y fatal. Era defensor de un gobierno centralista, sobre todo en momentos en que aún se necesitaba la unión para enfrentar a los realistas, que aún eran bastantes.

A diferencia de otros países, en la Nueva Granada los diferentes estados, en lugar de luchar por la independencia, lo hicieron por la autonomía. Es así como la primera provincia en declarar su independencia autónoma fue Cartagena, el 11 de noviembre de 1811. El 16 de julio de 1813 siguió su ejemplo Cundinamarca y posteriormente Antioquia, Neiva y Tunja. Las independencias de estas provincias dieron inicio al primer periodo de vida independiente de la Nueva Granada, llamado Primera República, pero también conocido como Patria Boba. El origen de este nombre se debe a las dificultades que enfrentaron los criollos para lograr el gobierno del territorio y que desembocaron en una guerra civil.

El día que Antonio Nariño llegó a Guaduas, Polonia se unió a quienes salieron jubilosos a recibirlo con cohetes y vivas. Escuchó su discurso sobre la necesidad de unirse para salvar la revolución. También vio cómo la gente le hacía una burla a un oidor que había perseguido a Nariño y que se había ocultado hasta entonces, quien le gritaba:

> Pícaro, miserable criollo, ruin, sin vergüenza! Te contestara yo con un dogal al cuello!... te viera yo ahorcado como a un perro rabioso, te...
>
> La multitud enardecida se volcó sobre el chapetón con ganas de matarlo gritando:
>
> —Muera el chapetón!... Abajo los tiranos!... Ahorquémosle, ahorquémosle! Muera! Muera! Quien tiene una cuerda?
>
> —Matarle no! Hagámosle una pegadura, lo que será mucho más divertido, gritó Justo Cáceres, personaje típico de Guaduas, quien había sido educado por los padres de la Recoleta y había estado en Santafé en la revuelta del 20 de julio.
>
> —Sí, sí, invéntate un chiste, Justo!
>
> —No hay un burro por ahí?
>
> —Como no!... Aquí hay uno, cabalmente, con una carga de agua!
>
> —Acérquenlo acá! Bien, quítenle los barriles, y en su lugar pondremos al señor oidor, con la cabeza para el rabo!

—Bien pensado!
—Ja, ja, ja.
—Magnífico!
—Viva el chistoso Justo!
(Hincapié Espinosa: 1952, p. 105).

Lo pasearon amarrado al burro por toda la plaza hasta dejarlo frente a la casa del alcalde, José María Acosta, quien al día siguiente lo puso en camino de Cartagena.

Polita, como la había empezado a llamar Alejo, pensó que este era un castigo merecido y que mientras el chapetón salía humillado hacia su patria, Nariño seguía su camino triunfante hacia Santafé.

Cada vez veía menos a Alejo. Este se había entregado de lleno a la defensa de la patria y se había vinculado a las actividades de la Junta de Gobierno que se formó en Mariquita; ingresó al batallón que allí se organizó y a principios de 1811 participó en el conflicto civil armado entre Honda y Ambalema.

Sin la compañía de su novio, Guaduas se hacía aburrida y tediosa. Pola sentía la necesidad de estar en el centro de las actividades, sentía que allí en la villa se estaba perdiendo de algo importante. Quería ir a Santafé y ver con sus propios ojos lo que estaba ocurriendo. Intentó convencer a su hermana Catarina con la disculpa de completar su educación y de ampliar su clientela como costurera con las damas de la alta sociedad santafereña. Eran tiempos difíciles y el dinero era escaso. Polonia ya no era una niña y podía empezar a velar por su propio sustento. Así descargaría un poco a Catarina, quien se veía cansada de llevar toda la responsabilidad de la familia. Ella ya había tanteado la voluntad de doña María Matea Martínez Zaldúa de Fernández de Herrán, hermana del doctor Manuel María Martínez Zaldúa y Plaza, muy amigo de la familia, de recibirla en su casa a través del párroco de Quebradaseca, doctor Zaldúa, su cuñado, quien apreciaba mucho a los Salabarrieta, en especial a la Pola por sus modales e inteligencia. Polonia había estado ya en esa casa cuando era pequeña, después de la muerte de sus padres. Esta familia la había acogido mientras su hermana Catarina se organizaba en Guaduas. No se trataba de un viaje definitivo. La idea era pasar temporadas en Santafé y otras en Guaduas. Al fin y al cabo los Zaldúas viajaban a Honda con mucha frecuencia.

Fue así como en enero de 1812, Gregoria Polonia, llamada por todos cariñosamente La Pola, viajó a Santafé con la familia Zaldúa y fue recibida en casa de doña Matea como niñera y dama de aguja. Le hacía ilusión estar

cerca de sus hermanos José María y Manuel, a quienes veía sólo en épocas navideñas y quienes se habían declarado republicanos centralistas partidarios de Nariño.

La modista en Santafé

La Pola tenía vagas imágenes de su temprana infancia en Bogotá y recordaba algunos espacios de la casa de los Zaldúa Herrán. En plena juventud, la ciudad prometía experiencias diferentes a la de la pequeña villa de Guaduas, y aunque en el recuerdo Santafé aparecía más grande, no pudo menos de sorprenderse con el agite de los caballos y el murmullo de los transeúntes.

Su primera salida fue a la Calle Real en compañía de doña María Matea y sus hijas, quien las llevó a comprar telas para que La Pola les hiciera los trajes que lucirían para el cumpleaños de una amiga de la familia. La joven costurera quedó sorprendida de los caprichos de las señoritas, quienes revolvieron toda la mercancía buscando los géneros que consideraban más adecuados para la ocasión y luego la forma como doña María Matea regateaba los precios hasta lograr que el pobre comerciante les dejara la mercancía lo más barato posible. Varias veces tuvo que acompañarlas La Pola a devolver las telas compradas porque una vez en casa, no quedaban satisfechas. El comerciante alegaba porque le devolvían la mercancía desempacada, pero no le quedaba más remedio que resignarse y acomodarla lo mejor posible. Este era el comportamiento habitual de las señoritas de Santafé.

La habilidad de la joven calentana con las tijeras y la aguja, su temperamento alegre y cordial le abrió las puertas de varias familias prestantes de la ciudad para convertirse en su costurera de cabecera. Entre estas familias que le demostraron mucho aprecio estaban don Manuel Pombo y doña Beatriz O’Donnell, abuelos del poeta Rafael.

Una vez hizo de dama de compañía de las señoritas Herrán Zaldúa en un baile que ofrecía una señora amiga de doña María Matea. Antes del baile se vio muy atareada cociendo los trajes de muselina y linón, tanto para las mujeres de la casa como para varias de sus primas. Su papel, como el de otros criados, era llevar los abrigos y sombreros de las señoritas y las llaves de la casa. Se ubicó en una buena esquina del corredor de la casa para poder observar el baile. Por lo que le habían contado, un baile de la alta sociedad

santafereña era muy diferente a los que se hacían en su tierra. Aquí primaba la formalidad. Con asombro y admiración vio cómo las parejas formadas por jóvenes con levita, corbata, pañuelo de seda y señoritas con trajes medianamente escotados, parecidos a los que ella había confeccionado, pues eran sacados de los mismos patrones de las revistas europeas, salían a bailar el vals o la contradanza. Los hombres se organizaban en fila a un lado del salón y las señoritas al otro. Una vez empezaba la música empezaba el baile. El vals colombiano se componía de dos partes: la primera se bailaba tomándose las parejas las puntas de los dedos y en la segunda parte los bailarines se contorsionaban como si estuvieran poseídos por algún demonio.



Enfrentamiento entre Baraya y Nariño, o federalistas vs. centralistas

Después del grito de independencia lo que siguió fue una especie de anarquía producida por los enfrentamientos de las provincias y las aspiraciones de cada una de volverse república independiente, y muchas, como Cartagena, Panamá y Girón, no reconocían la Junta de Santafé. Se generó una especie de guerra civil de dos bandos, uno liderado por Nariño,

quien defendía el centralismo, y el otro, liderado por Camilo Torres, quien defendía el federalismo. Estos bandos tomaron los nombres de *pateadores* (centralistas) y *carracos* (federalistas). El origen popular de estos nombres se debió a que un día don José María Carbonell, fusilado después por los españoles, arrancó de las manos de un federalista un periódico titulado *El Carraco*, el cual se burlaba de la derrota que los centralistas habían sufrido en Paloblanco. Lo arrugó y lo tiró por tierra, pisoteándolo de tal forma que se formó corrillo en la Calle Real y la gente empezó a reírse y a aplaudir. Desde aquel día quedaron bautizados los dos bandos. Incluso hubo un cuerpo de tropas que tomó el nombre «Pateadores».

Los federalistas Baraya y Ricaurte y el congreso de Tunja le declararon la guerra a Nariño, quien mandaba en Cundinamarca. Nariño se puso en marcha hacia Tunja a la cabeza del ejército que tenía en Santafé, el 26 de noviembre de 1812. Se enfrentan los dos ejércitos en Ventaquemada, siendo derrotado Nariño, quien se ve obligado a regresar al día siguiente a Santafé con los pocos hombres que le quedaban.

Baraya, después de la batalla de Ventaquemada, se dirigió a Santafé con cinco mil hombres. Mientras tanto Nariño tuvo tiempo de organizar de nuevo sus tropas y de fortificarse. El 24 de diciembre, Baraya logró poner sitio a la ciudad extendiendo sus fuerzas desde Usaquén, por la sabana, hasta Tunjuelo. Nariño logró apoyo decidido del clero, lo que daba fuerza moral a sus tropas. Contaba además con gran parte del apoyo popular por su carisma.

El manejo que Nariño le dio a esta campaña fue decisivo. Contrastaba el buen trato que le daba a sus tropas y la presencia de ánimo que mantuvo, con la crueldad y el maltrato de Baraya.

José María Espinosa recuerda este hecho con admiración:

> El espíritu público se iba reanimando y la confianza aumentándose día por día. Los campamentos de San Victorino y San Diego presentaban un aspecto animado. El general Nariño hablaba con todos de un modo jovial, y acompañaba a las señoras a visitar el campo y a presenciar las maniobras; dos de sus hijas se presentaron más tarde con divisas militares haciendo de artilleros y una de ellas (la señorita Mercedes) aplicó el botafuego al cañón con grande impavidez. (Espinosa: 1983, p. 40).

Nariño, queriendo evitar más derramamiento de sangre, propuso negociar con Baraya, pero éste no aceptó.

Cuenta José María Espinosa:

> Una mañana tocaron á formación y se presentó el general Nariño en su caballo, recorrió las filas y leyó en alta voz las proposiciones de Baraya que, entre otras cosas, exigía que nos rindiésemos á discreción y que se entregase a la persona del general Nariño. La tropa exclamó entónces á una voz y llena de indignación: primero la muerte que entregar á nuestro general! Nariño, en efecto, era el ídolo del pueblo, por su afabilidad y política, por su valor, y sobre todo por la unión y concordancia que acababa de establecer con la Iglesia y el clero. Nariño, entusiasmado, arengó elocuentemente, y concluyó diciendo que éramos invencibles. (Espinosa: 1983, p. 40).

La Pola tuvo la oportunidad de enterarse en detalle de todo lo que estaba pasando, debido a que Nariño contaba con el apoyo incondicional de los padres agustinos. Las visitas a sus dos hermanos declarados patriotas, amigos del centralismo y admiradores de Nariño, la mantenían al tanto de los movimientos de las tropas que estaban defendiendo la ciudad. Le conmovió enterarse de que el padre Rosas, capellán de la cofradía de Jesús Nazareno, quien tenía su iglesia en el convento de los Agustinos, había nombrado a Jesús Nazareno como el generalísimo de las tropas de Nariño. La Pola asistió en varias ocasiones a las rogativas que hacían en el convento a favor de las tropas de Nariño, y ayudó a sus hermanos y a otros frailes de San Agustín a repartir a las tropas escarapelas con el nombre de JHC. Muchos pusieron el nombre de Jesús en el sombrero y lo escribieron hasta en los cañones. Para algunos esto ya era el colmo del fanatismo religioso. Para otros este fanatismo ayudó en gran parte a mantener en alto la moral de las tropas y a tener fe en el triunfo.

Durante este período la joven costurera estuvo más atareada que nunca cociendo casacas y capas de uniformes para los soldados de Nariño, elaborando correajes para las bestias y ayudando a la preparación de las comidas, junto con otras mujeres del pueblo, quienes contribuyeron a mantener alta la moral de los combatientes durante la resistencia al cerco de Baraya. Acompañó a sus hermanos a visitar las tropas, llevándoles ropa y comida y dándoles ánimo.

Los partidarios del federalismo convivían con los defensores del centralismo. Esto era inevitable y el país entero, en lugar de unirse para enfrentar a los realistas, se fragmentaba cada vez más. Las mismas familias estaban divididas. La gente estaba confundida y asustada, pues se rumoraba que Baraya amenazaba con pasar a todos los santafereños centralistas por las armas o ahorcados en la Plaza Mayor.

En venganza, los sitiados repartían décimas en son de burla de los federales:

Ricaurte llamado «el Bola»
Y tío carnal de Baraya...
Será un dolor que se vaya
sin su espigón en la cola.
Quizo hacernos la manola
con gálico disimulo,
pero viendo que lo chulo
pega mal con lo francés,
ya no ha podido negar
ser turrón de culo mulo.

Los volantes se multiplicaban clandestinamente. Los había de todo tipo, unos burlándose de Nariño y otros de Baraya. Sobre Nariño, una proclama decía:

Unos dicen que es villano,
otros que es usurpador,
aquellos que es un traidor
otros que es un mal cristiano,
ya dicen que es un tirano
o ya que es un fracmasón,
nos ha dicho Juan el Niño
que don Antonio Nariño
es un puro cagajón...

Por otra parte, las proclamas en contra de Baraya decían:

Baraya es un botarate
y un cobarde mequetrefe
que quiso meterse a jefe
siendo un pobre saragae
ese militar petate
con su nariz de virote
queriendo enderezar tuertos
hace entre vivos y muertos
el papel de Don Quijote...

Pola celebró junto con sus hermanos el triunfo de Nariño y admiró el trato que éste le dio a los prisioneros, lo que era comentado por todos y lo que hizo que muchos vencidos se pasaran al bando del centralismo, reconociendo las cualidades de su líder.

Desde su llegada a Santafé no había vuelto a saber nada de Alejo, quien se había unido al ejército republicano. Hacia noviembre de 1812, en plena efervescencia de las luchas intestinas entre el Congreso y el gobierno de Nariño, apareció en la *Gaceta Republicana* la noticia de que «en la parte oficial se recomienda a los hermanos y cadetes Leandro y Alejo Sabaraín por su valor y heroísmo». Esta noticia la tranquilizó por una parte, pues supo que se encontraba bien y a la vez la hizo sentir orgullosa de su cadete.

A mediados de febrero de 1813 Alejo Sabaraín llegó como subteniente del Ejército republicano a Santafé. Había contraído el labartillo y esperaba que en los cuarteles de la capital pudieran curarlo. Junto con otros militares, tenía la misión de informar al gobierno de Nariño sobre el movimiento de tropas desde España, al mando del general Morillo, para reconquistar Cartagena y luego el resto del Nuevo Reino de Granada.

Por Alejo, La Pola se enteró de lo que estaba pasando en el resto del país, sobre todo en el norte, de donde venía con el ejército republicano. Los realistas estaban rearmándose por todas partes con el deseo de reconquistar el poder. Mientras tanto Simón Bolívar defendía la patria en el bajo Magdalena, proveniente de Venezuela.

Pola se dedicó a comprarle medicinas a Alejo y a enviárselas por intermedio de su amigo, el negro Domingo, esclavo de confianza de don José Miguel Pey, primer neogranadino en ejercer el poder ejecutivo, y quien había decretado el destierro del virrey Amar y Borbón.

En marzo de 1813, la Pola conoció a los hermanos Almeyda, quienes le ayudaron para que Alejo estuviera mejor cuidado. Durante un mes estuvo trabajando con doña Bárbara Romero, destilando clandestinamente aguardiente, procedimiento que conocía desde su estadía en Guaduas con el fin de conseguir dinero para las tropas republicanas. Entre sus amigos clandestinos empezaron a llamarla Policarpa.

En junio de ese año Sabaraín ya estaba recuperado y participó activamente en el adiestramiento de nuevos milicianos que irían a participar en la campaña del Sur, la cual se inició el 23 de septiembre. Ese día fue un día triste para Polita. Alejo Sabaraín volvía a partir y aunque sabía que ese era el deber del patriota y que se iría a luchar por la libertad no podía dejar

de sentir como si una nueva orfandad se hiciera dueña de ella. Sintió el vacío de los afectos. Quiso ser hombre para alistarse en el ejército. Como esto era imposible, quiso unirse a las voluntarias que seguían a sus hombres –esposos, novios, hijos, padres– para alimentarlos y cuidarlos durante las campañas. Doña Matea no se lo permitió y se enteraron luego de que el general Nariño había prohibido que este ejército auxiliar acompañara a sus tropas. En Portillo dio orden, a los hombres que ayudaban a pasar el río Magdalena en barquetas, de que no pasaran a las mujeres. Días después, cuando el ejército hizo escala en Purificación, aparecieron las voluntarias decididas a no dejarse amilanar por las órdenes de ningún general. Era su contribución a la causa patriota y eso no lo podía impedir nadie. Cuentan que años más tarde el mismo general Bolívar reconoció que no era posible impedir a las voluntarias que siguiesen al ejército, y que encontraba que había un encanto para la mujer en la vida militar.



A finales de 1813 Policarpa volvió a Guaduas junto con la familia Herrán Zaldúa y allí permaneció al lado de su hermana dedicada a la enseñanza. Continuó colaborando con la causa patriota en lo que podía.

En 1815 Bolívar llega a Guaduas con 2.000 hombres, el 26 de enero, en viaje a la liberación de Santa Marta. Fue un acontecimiento para los habitantes de la villa. Muchos voluntarios siguieron a Bolívar, entre los que estaba el propio alcalde, don Mariano Raga. La labor de reclutamiento

estuvo a cargo de Bonifacio Guzmán, quien cumplió con eficacia su papel. Los jóvenes le ofrecieron su respaldo y su vida misma. La villa fue escenario de fusilamiento de dos españoles que todavía se encontraban en el poblado: un soldado del escuadrón de alabarderos y un sargento de la antigua guardia de caballería de los Virreyes. Bolívar pasó la noche del 26 al 27 de enero en el Convento de La Soledad, en la pequeña habitación del extremo sur del claustro oriental, en el segundo piso del edificio.

Todos los días recibían noticias los guadueros. La patria estaba convulsionada en su defensa. La muerte se manifestaba de muchas formas y la venganza de los patriotas frente a los españoles empezaba a sentirse. Por los mismos días del paso de Bolívar por Guaduas pasó el Comandante Francisco de Padua Alcántara con prisioneros españoles hacia Honda; muchos de ellos fueron fusilados por no decir nada acerca de los ejércitos realistas o porque estaban cansados y no podían seguir. El Libertador había comisionado al comandante Alcántara para que condujese unos cuantos prisioneros chapetones hasta el puerto de Honda. Cuentan que la manera de fusilarlos fue inhumana, pues les pidió que se sentaran a descansar a la orilla del camino a aquellos que se sentían insolados. Una vez sentados los mandó a descansar a la otra vida. Lo mismo hizo más adelante cuando iban a cruzar el río, fusiló a aquellos que no sabían nadar. Cuando le pidieron cuenta por su actuación, el comandante respondió: «Iban tan cansaditos los pobres que me dio pena verlos y los hice descansar. Un largo, larguísimo descanso...». (Hincapié Espinosa: 1952, p. 100).

En 1815, Polonia vuelve a entristecerse. Despide a su hermano Bibiano, quien entra a formar parte del ejército republicano como Aspirante a la Brigada de Artillería y luego se incorpora al ejército que mandaba el general Rovira. Luego fue subteniente al mando del general Serviez, siguiéndolo hasta La Cabuya de Cáqueza, donde fue hecho prisionero por los españoles.

El Régimen del Terror

En julio de 1815, el Pacificador Pablo Morillo llega a Santa Marta. Empieza entonces lo que se ha conocido con el nombre de la Reconquista y con ella el Régimen del Terror.

Cartagena fue de las primeras ciudades en sufrir el acoso de Morillo y soportó un sitio de 106 días, cuando al fin fue vencida; muchos de sus

habitantes huyeron en barco hacia Panamá. Allí surgió otra guaduera: Juana María Blanco, hoy también reconocida como heroína, quien cayó presa en las playas de Portobelo, falleció de inanición y por el maltrato que sufrió por parte de los soldados de Morillo.

Don Lino de Pombo, ingeniero militar, padre del poeta Rafael Pombo, participó en la defensa de Cartagena. Relata cómo el aviso de la llegada de Morillo con su ejército los toma desprevenidos y sobre todo desprovistos de las defensas necesarias para resistir:

> En los primeros días de agosto, un buque de guerra inglés, procedente de Santamarta, trajo noticia auténtica de haber llegado a aquel puerto la escuadra y el ejército español de Morillo, reforzado éste por un numeroso cuerpo de realistas venezolanos a órdenes del sanguinario isleño Morales. Procediose con actividad, en consecuencia a colectar ganados y solicitar víveres del Sinú y de las Antillas, poner en armas toda la gente disponible, hacer entrar los restos de los oficiales y tropa de la división de Bolívar, destinándolos en su mayor parte a la defensa del cerro y convento de La Popa, guarnecer suficientemente el castillo de San Felipe y los del Pastelillo y Bocachica, y arrasar en lo posible las inmediaciones de la Plaza. (Badrán: 2009, pp. 70-71).

Cuenta Don Lino que cuando el ejército de Morillo logró bloquear por mar y tierra toda la bahía, la ciudad no contaba con los suficientes víveres para abastecer a más de 19.000 personas establecidas en ella, por lo que tuvieron que matar, salar y embarrilar caballos y burros como reserva.

Cartagena se rinde literalmente por hambre, después de cuatro meses de sitio. Narra don Lino:

> El progreso de los estragos del hambre era en sumo grado aflictivo, pereciendo unos por falta de alimentos o postración de fuerzas, otros por las enfermedades consiguientes a la mala calidad de la triste ración que se proporcionaban, y prolongando otros su miserable existencia escuálidos, hebetados y con hinchazón progresiva en las piernas. Carnes y harinas podridas, bacalao rancio, caballos y burros en detestable salmuera, perros, ratas, cueros, eran el recurso de la generalidad desvalida y escasas dosis de arroz con camarones secos y chocolate, el de las familias acomodadas que habían salvado algo de las pesquisas domiciliarias... Y a pesar de tanta miseria y tantas congojas, nunca durante la época del sitio, que duró cerca de cuatro meses, se oyó a nadie hablar por desesperación siquiera de sometimiento a la antigua madre patria. (Badrán: 2009, p. 77).

Los guadueños se enteraron meses después de la derrota de los patriotas y empezaron a prepararse al saber que Morillo había cogido rumbo a Santafé. Sabían que en algún momento aparecería por Guaduas. La situación para los patriotas era cada vez más desesperante. En los corrillos de la plaza, en las posadas, los habitantes y transeúntes iban armando el rompecabezas a medida que escuchaban las noticias que llegaban del norte

y del sur. Se enteran que en Cúcuta es hecho prisionero el republicano José María Mantilla; que los patriotas perdieron en la batalla de Cachirí en Santander y que las provincias de Pamplona y Socorro habían sido ocupadas por las fuerzas del Rey; que el coronel Warleta había ocupado la provincia de Antioquia y marchaba sobre el ejército patriota por el Valle del Cauca; y que el comandante Plaa se había apoderado del Chocó y se dirigía igualmente sobre Popayán. Policarpa seguía con más detalle las noticias del ejército del Sur, pues allí estaban sus seres más queridos: Alejo, su hermano Bibiano y su cuñado Domingo García, el esposo de Caterina.

A principios de marzo de 1816 se enteran de que Camilo Torres ha renunciado. Era un buen jurista, pero como político, opinaban muchos, era bastante idealista. Le atribuían a su federalismo parte del fracaso de la unión frente a los realistas. En la noche del martes 12 de marzo de 1816, el pueblo de Santafé pide al Congreso un Dictador, y la Asamblea elige a José Fernández Madrid, Presidente de la República, con facultades dictatoriales. Muchos creyeron que su elección había sido un error. La patria necesitaba a alguien con mano dura que pudiera dirigir el movimiento revolucionario. Madrid era un hombre muy joven, de apenas veintisiete años. Había estudiado Derecho y Medicina en el Claustro del Colegio del Rosario, buen orador, poeta y dramaturgo, pero le faltaba fuerza. Cuenta Ibáñez que las señoras bogotanas, al referirse a la situación del país y al presidente, tenían el siguiente diálogo:

> —Hemos entregado el enfermo a un médico, decía la heroína Gabriela Barriga, esposa de Villavicencio, a doña Josefa Baraya, su digna amiga.
>
> —Médicos tenía ya, contestó ésta; pero ahora se le ha nombrado médico de cabecera (Ibáñez: 1915, p. 138).

Continúa Ibáñez:

> Sin medios de resistencia, Madrid carecía de autoridad y de prestigio, y aunque muchos patriotas estaban dispuestos a sacrificarse por amor a los ideales de la República, en realidad el Presidente no tenía sólidas fuerzas militares en aquellos momentos de inminente peligro, en los cuales Murillo y sus Tenientes ocupaban las provincias del Norte, el Río Magdalena y las montañas antioqueñas, las selvas del río Atrato e iniciaban la era del terror, alzando patíbulos en Cartagena, en Mompós, en Ocaña y en Girón. (Ibáñez: 1915, p. 139).

En 1816 llega a la villa de Guaduas la artillería de Morillo con oficiales y soldados experimentados, con armamento y artefactos bélicos rumbo a Santafé. Los guadueros supieron del fusilamiento de varios patriotas que se

encontraban de paso por la villa, ordenado por los subalternos de Morillo. Así mismo pasaron desterradas señoras distinguidas, viudas y familiares de insurgentes, algunas para Chaguaní, otras para Honda.

La Pola se compromete cada vez más con el movimiento insurgente. Tiene la posibilidad de escuchar muchas conversaciones de realistas que pasan por la villa y aguza el oído para poder mantener al tanto de los movimientos de estos a los patriotas.



El 6 de mayo los militares españoles fueron recibidos en Santafé bajo arcos triunfales, con repiques de campanas, riego de flores, cohetes y otras manifestaciones de regocijo, como lo testimonia Ibáñez. Dice que hasta varios patriotas cansados de tantas luchas contribuyeron a esta benévola recepción. El coronel Miguel Latorre, quien comandaba este ejército, expidió al día siguiente una proclama, la cual circuló impresa, que logró engañar a muchos santafereños quienes creyeron que vendrían buenos tiempos:

> ¡Soldados! Ya ocupáis la capital, y me congratulo con vosotros de que ni un solo tiro de fusil haya sido disparado para reconquistar a nuestro Soberano sus antiguos derechos... Contemplo superfluo encareceros la fraternidad que debe reinar entre vosotros y un pueblo que con lágrimas de ternura os ha recibido entre sus brazos... (Ibáñez: 1915, p. 149).

Sin embargo, muchos republicanos no se adherían a estas celebraciones pues presentían lo que les esperaba: épocas de terribles desgracias, y

comprobaron su intuición el viernes 17, cuando un negro llamado Manuel María, quien no tenía apellido por ser esclavo, fue juzgado militarmente y fusilado en la Plaza Mayor por haberse declarado patriota en la disputa con un realista.

Don Pablo Morillo llega a Santafé el 26 de mayo de 1816. Ya se sabía de su crueldad porque después del sitio de Cartagena había hecho fusilar a nueve de los principales caudillos. Sin embargo, hubo gente en la capital que lo recibió con la esperanza de que pusiera orden al caos que las luchas internas habían generado. ¡Qué ingenuos u oportunistas fueron aquellos que lo apoyaron! Cuenta José María Cordovez Moure que

> Morillo se hospedó en el palacio del Virrey, situado en el centro del costado occidental de la plaza; recibió con la sonrisa en los labios a los que fueron a darle la bienvenida; gastó burlas familiares con algunos personajes comprometidos en la revolución llamándoles insurgentes, al mismo tiempo que se permitía tirarles ligeramente de la orejas en ademán cariñoso, y en todos sus actos manifestó tal ingenuidad y franqueza, especialmente en el baile obsequiado por los santafereños, que hasta los más avisados cayeron en el garito. (Cordovez Moure: 1997, p. 318).

La traición no se hizo esperar. Una vez conoció Morillo cómo era el escenario en el que debía actuar, sacó, como quien dice, sus garras. Hizo publicar el decreto en que creó los Consejos de Guerra permanentes y verbales, y el Tribunal de purificación, con facultades extraordinarias para poder castigar a los insurgentes con penas corporales y torturas. Llegó a tal su cinismo y maldad que

> arruinó a las infortunadas familias de sus víctimas; desterró a los que no fusiló; se recreaba en ver desde su balcón a los patriotas que atropellaba, al retozar, en la plaza, su caballo predilecto, mientras estos se ocupaban de construir el empedrado, único monumento que nos dejó; se permitía el placer de dar bailes para obligar a las esposas e hijas de los que había sacrificado a que concurrieran a ellos, bajo la amenaza de severos castigos, si dejaban de hacerlo... (Cordovez Moure: 1997, p. 319).

Crecían a diario los allanamientos y capturas a todo sospechoso de haber contribuido a la causa de la independencia. Se destinaron para prisiones de Estado, además de la Cárcel de Corte y de la Cárcel Chiquita, viejas prisiones coloniales, los antiguos claustros del Colegio del Rosario y del convento de la Orden Tercera. El convento de San Francisco sirvió de cárcel a los sacerdotes y una casa cercana al Ayuntamiento en la calle 10 fue la prisión destinada a las mujeres.

El plan de Morillo era exterminar a todos los insurgentes. El número de presos políticos era cada vez mayor, ya se hablaba de miles. Estaban

hacinados en las cárceles e incomunicados entre sí y con sus familias. Dice Ibáñez

> la condición de estos cautivos era en extremo miserable. Carecían hasta de refectorios, y tenían que comer sentados en el suelo o sirviéndoles sus propios lechos de manteles. Frecuentemente eran molestados por las guardias, y en sus horas de sueño eran interrumpidos por el abrir y cerrar de puertas y por los gritos monótonos de los centinelas. Sometidos a tales vejámenes, e impedidos para quejarse, estaban en sumisión forzada, y el terror reinaba en todos los corazones. (Ibáñez: 1915, p. 176).

No se conformó Morillo con maltratar, encerrar y fusilar. También sometió a las familias a la obligación de darles posada a los jefes y oficiales españoles como huéspedes, en calidad de alojados, quienes prácticamente invadían las casas con sus sirvientes y sus caballos y a quienes había que atender y alimentar.

> El *alojado* venía a ser como dueño y cabeza de la casa en que se le daba hospitalidad... Era lo común y ordinario que el *alojado* fuera perverso y desbocado, o a lo menos de modales groseros, que reputara a los de la casa como enemigos a quienes había que escarmentar y oprimir; que no agradeciera las solícitas atenciones de que era objeto, y antes bien, no reparara en ellas. (J.M. Marroquín, citado por Ibáñez: 1915, p. 234).

También se exigían camas con destino a los hospitales militares. Un día llegó a casa de doña Juana Pardo, quien acababa de perder a su esposo, uno de los comisionados para pedir cama:

> —Vengo a que usted me dé una cama para los hospitales, dijo el peninsular.
>
> —No poseo más que la en que duermo; porque ya he dado las otras para el servicio del Rey.
>
> —Pues me da usted aunque sea la cama de Cristo, replicó el sargentón.
>
> —Sí, señor, voy a dársela a usted; y sacó una gran cruz de madera que tenía en su oratorio, y desde el balcón dijo al oficial:
>
> —Aquí la tiene usted, señor; si quiere suba por ella.
>
> El militar se torció lo mostachos y se retiró riendo. (Ibáñez: 1915, p. 235).

Los realistas se fueron tomando todo el territorio de la Nueva Granada. Quienes al principio apoyaban la pacificación se dieron cuenta de su error al vivir en carne propia con familiares y amigos la crueldad de las tropas realistas. Los abogados fueron los primeros sospechosos. Para Morillo todos eran responsables de la insurrección y merecían la pena de muerte. Fueron fusilados: José Gregorio Gutiérrez, don Crisanto Valenzuela, don Miguel de Pombo, don Emigdio Benítez, entre otros. La mayoría de los sabios que pertenecieron a la Expedición Botánica se convirtieron en hombres peligrosos y fusilados, ahorcados o murieron en combate: el sabio

Caldas, José Gutiérrez, García Rovira, Jorge Tadeo Lozano, entre tantos otros. Madres, esposas, hijas vieron partir a sus hombres a la guerra, la muerte se enseñoreó sobre la patria y sus habitantes lloraban a sus muertos.

A mediados de 1816 el brigadier Sámano, a la cabeza de un ejército de 2.000 hombres bien armados y con buenas municiones, se desplazó desde Quito hacia el norte en busca del ejército patriota que apenas contaba con 770 hombres. Llegó al punto conocido como Cuchilla del Tambo. El presidente Madrid se había trasladado de Santafé a Popayán con la esperanza de poder reunir gente para la defensa, pues la capital había sido ya ocupada por las tropas del rey, al mando de los generales Latorre y Calzada. Entre los que llegaron al sur estaba Camilo Torres. En la Batalla de la Cuchilla del Tambo el ejército patriota fue derrotado, murieron muchos soldados y varios fueron hechos prisioneros y encerrados en los calabozos de Popayán. Entre ellos estaban José María Espinosa, José Hilario López, Rafael Cuervo, Pedro Alcántara Herrán, Mariano Mosquera, Alejo Sabaraín, entre otros.

José María Espinosa, en su libro *Memorias de un Abanderado*, cuenta cómo los iban fusilando y cómo algunos fueron quedando libres:

> Al día siguiente comenzaron las ejecuciones. Según ya se ha dicho, los primeros en ser fusilados, en la plazuela de San Camilo, fueron el coronel Andrés Rosas, el capitán José España y Rafael Lataza. Las detonaciones nos advertían que pronto correríamos la misma suerte, y que debíamos estar preparados para ello, momento por momento; así era que cada ruido que oíamos, las pisadas de una persona, el abrir ó cerrar de una puerta nos parecía que eran el fatal anuncio y la notificación de la sentencia de muerte. Así debía colegiarse del parte de Sámano ya citado, en que decía: Hoy despacharé con una partida á Pasto 170 prisioneros... pero retengo a los oficiales para que sufran su pena en Popayán, donde han cometido sus delitos. (Espinosa: 1983, p. 99).

Pola se entera del fusilamiento de Camilo Torres el 8 de octubre de 1816. Un viajero narró el espectáculo y lo terrible que fue. Se había dispuesto que el mercado sólo ocupara media plaza del lado norte, para que en la otra mitad tuviera lugar la ejecución. Los ajusticiados eran Camilo Torres, Manuel Rodríguez Torices, José María Dávila y el conde Pedro Felipe Valencia. A las diez de la mañana se oyó el toque de guerra. Era la escolta que conducía a los prisioneros. Casi toda la gente que estaba en el mercado se acercó para ver el terrible espectáculo. Contó además que una vez se oyeron los disparos, mucha gente se acercó a ver los cadáveres en el momento en que se lanzaba las sogas para colgarlos en la horca. Camilo Torres quedó sentado y hubo gente que pensó que aún estaba vivo y que

iban a volver a disparar, por lo que salieron corriendo y se armó un tumulto y un desorden que hizo que a mucha gente se le perdieran los sombreros. También contó el viajero que a Camilo Torres le habían dañado la cara con el disparo y se veía en la horca todo desfigurado y que su cabeza había sido puesta en una jaula para escarmiento del pueblo. Otra vez la imagen de las cabezas cortadas que tanta impresión hizo a la Pola. Cada vez sentía mayor necesidad de luchar contra tanta ignominia y tanta crueldad.

Supo con alarma que Alejo era uno de los prisioneros de la Batalla de la Cuchilla del Tambo y que había sido uno de los seleccionados para ser fusilado.

> Pasados algunos días oímos de nuevo correr el cerrojo del calabozo a deshoras: era el coronel Jiménez, quien, con voz hueca y tono imperativo, y sin preámbulo ninguno, nos notificó que venía enviado por Sámano, y que traía órdenes de quintarnos, en justa represalia de los fusilamientos de españoles que había hecho Serviez!... Por más sangre fría que tuviésemos nosotros, esta noticia nos produjo, á lo menos á muchos, el efecto que en una rueda de personas cogidas de las manos hace la descarga de una máquina eléctrica. En el acto nos hicieron formar allí mismo en fila; y como yo sabía que la quinta consistía en contar de derecha á izquierda desde uno hasta cinco, y aquel á quien le caía este último número, quedaba sentenciado a muerte, tuve valor para salirme hasta por dos veces de la fila y contar de derecha a izquierda, y siempre me cayó el fatal número. ¡Momento terrible de emoción profunda que no puede describirse! Salí por tercera vez, y, queriendo engañarme a mí mismo, conté entonces de izquierda a derecha, con la débil esperanza de hallar otra suerte, y me tocó el número tres. Quedé un tanto consolado; pero la cuestión era saber si comenzarían á contar por un extremo o por otro. ¡Qué ansiedad! Un ayudante de Jiménez, que llevaba el funesto nombre de Cornejo, notó aquellos movimientos, y, dirigiéndose á mí, me dijo en tono grosero: ¿qué baile es ese? Si usted vuelve a moverse le punzo a estocadas. (Espinosa: 1983, p. 105).

Sin embargo, lo que aplicaron con los prisioneros no fue este sistema sino el de boletas. «Estando formados hicieron entrar a un niño como de diez años y, poniendo dentro de un cántaro veintiuna boletas enrolladas, de las cuales diezisiete estaban en blanco, y las cuatro restantes tenían escrita una M, se lo entregaron para que fuese pasando por delante de la fila». (Espinosa: 1983, p. 105). Los cuatro a quienes tocó esta desgraciada suerte fueron: Mariano Jiménez, Alejo Sabaraín, José Hilario López y Rafael Cuervo.

Cuenta José Hilario López que la noche anterior al día destinado a su fusilamiento, soñó con el perdón. Cuando los llevaban a la plaza él se enteró por un niño de la calle que habían sido

perdonados. Sin embargo, hasta lo último les hicieron creer que iban a ser fusilados. Todos de alguna manera quedaron afectados por esta situación:

Alejo Sabaraín se desmayó y se temió por su muerte. Trataron de sacarle sangre para examinarlo y no lograron que ésta saliera. De Rafael Cuervo se decía que su cerebro había sufrido alguna desorganización por algunas extravagancias que se le observaban y algunos rasgos de locura, aunque López decía que era parte de su carácter y él mismo reconoce que sufrió alteraciones de la memoria. Fue tal el choque de haber estado tan cerca de la muerte y haber prácticamente resucitado. Parece ser que la súplica de varias señoras influyentes de Popayán a Sámano, entre ellas la abuela y la tía de López, les salvó la vida.

Alejo aparecía como un simple paisano a la luz de las leyes militares por lo que el 1 de julio fue indultado junto con su compañero Francisco Arellano, recuperando ambos la libertad.

El 15 de noviembre de 1816, Morillo dio proclama de despedida de los habitantes del Virreinato:

> Desde mi llegada a esta capital –decía– no he cesado de ocuparme de vuestra conveniencia y bienestar... La sangre que he vertido por la espada de la justicia era impura y dispuesta a corromper la vuéstra... Escarmentad, pues, con lo que ha acaecido; si aún queda alguno que suspire por el orden de cosas pasadas. (Ibáñez: 1915, p. 300).

Al salir de Santafé se hizo acompañar por un cuerpo de caballería y por veinte negros a caballo, lujosamente uniformados, que le servían de guardia de honor.

Morillo deja el mando político al general Juan Sámano, militar brusco y de carácter irascible. Un artista santafereño, don Justo Pastor Losada, lo describe así:

> Era un viejo cojo y algo jorobado, de carácter muy díscolo y muy cruel con los pobres patriotas (Dios le haya perdonado y mis palabras no le ofendan). Yo le conocí muchísimo; y merced a esto y a la buena memoria que a Dios gracias conservo todavía, he podido hacer estas líneas, cuyas ondas indican el mal estado de mi pulso. (Ibáñez: 1915, p. 307).

El virrey don Francisco de Montalvo escribió en su relación de mando un texto que da cuenta de la magnitud y el horror de la tarea de exterminio propuesta por Morillo:

> A esto se agregan las ejecuciones de más de siete mil (7.000) individuos de las principales familias del Virreinato, que han sido pasadas por las armas por sentencia del Consejo permanente a las órdenes del General Morillo, unos delincuentes y otros no tanto, los cuales quizás hubiera convenido más al servicio del Rey deportarlos para siempre de su país, a donde no pudieran perjudicar... (Ibáñez: 1915, p. 319).



LA INSURGENTE, LA ESPÍA, LA REVOLUCIONARIA

EN 1817 LLEGA POLICARPA SALABARRIETA con su hermano Bibiano de nuevo a Santafé. Bibiano había dejado el ejército por un tiempo. Esta vez vienen de forma clandestina pues en Guaduas ella empieza a recibir amenazas. Trae cartas de recomendación para doña Andrea Ricaurte, esposa de Judas Tadeo Lozano, firmadas por José Ignacio Rodríguez y Ambrosio Almeyda. Doña Andrea la recibe en su casa, en donde se reúnen de manera clandestina varias señoras de Santafé a ayudar a los patriotas.

Ambrosio Almeyda pertenecía a una familia de mucho dinero de Pamplona. Era hijo de don Francisco Vicente Almeyda y de doña Rosalía Sumalave, quien huyendo de Pamplona, junto con sus hijos, por los compromisos de su esposo con los patriotas, compra una casa en Santafé en 1814, en la misma manzana del Monasterio de la Enseñanza, carrera 5 entre las calles 11 y 12. Se le conocía como la casa de las treinta y nueve llaves. En ella se realizaban tertulias y reuniones de hombres y mujeres simpatizantes con la causa patriota.

No escaparon los Almeyda a las persecuciones del Régimen del Terror. Inicialmente lograron quedar fuera de toda sospecha debido a su inmensa riqueza, que les permitía pagar dinero cuando debían comparecer ante las autoridades españolas para justificarse o purificarse, como se le decía al hecho de ser llamado o de presentarse ante ellas para explicar la conducta durante el gobierno independiente. También tenían lazos de afinidad con algunos españoles.

Doña Rosalía y sus cuatro hijas hicieron amistad con algunas familias de la alta clase social y de reconocido patriotismo quienes fueron todas perseguidas por Morillo. Algunas fueron confinadas en pueblos lejanos, vigiladas por curas y alcaldes; otras obligadas a coser para las tropas realistas, a servir en las panaderías y cocinas del ejército, y otras a satisfacer los caprichos de los militares.

Ambrosio Almeyda viaja por la Mesa de Juan Díaz y Tocaima y se relaciona con dos guerrilleros patriotas: José Atonio Olaya y José Ignacio

Rodríguez, *El Mosca*. En ese viaje se encuentra con La Pola Salabarrieta, quien es perseguida en Guaduas. Ambrosio le promete protegerla y es así como la envía con una carta de recomendación a Santafé a casa de doña Andrea Ricaurte de Lozano.

Doña Andrea presta su casa como centro de operaciones para que las juntas que se reunían en la ciudad pudieran comunicarse con las guerrillas. Esta casa estaba situada en la 5ª cuadra de la carrera de Antioquia. De allí se mandaban las comunicaciones, noticias, recursos y gentes para las guerrillas, lo mismo que para Casanare, en donde el ejército patriota se estaba reforzando. A casa de doña Andrea llega Policarpa, recomendada tanto por Almeyda y Rodríguez como por sus hermanos frailes agustinos. Llega en compañía de su hermano Bibiano.

Cuenta doña Andrea que, con la llegada de Policarpa, los trabajos políticos se aceleraron, y como ella no era conocida en la ciudad –si alguien la recordaba era como aquella costurera de Guaduas que por temporadas pasaba en Santafé– salía y andaba con libertad, facilitaba la correspondencia con la juntas y con las guerrillas.

En los bajos de la casa de los Almeyda, tenía su fonda Candelaria Álvarez, antioqueña, probablemente de Rionegro, que era a la vez pensión de estudiantes y fonda donde paraban los soldados. Candelaria era bondadosa y maternal, y acogía a todos estos jóvenes necesitados de afecto y consentimiento: cocinaba como sus madres, hablaba como ellas y brindaba de igual forma su cariño. En esta fonda estuvo varias veces Policarpa informándose de los movimientos de los patriotas y contribuyendo a la trama de una conspiración que se tejía en varios lugares y de la cual tomaron parte los ricos hacendados patriotas, los reclutas y soldados y muchos civiles que se unieron a la causa.

En la casa de doña Andrea, en *la casa de las treinta y nueve llaves* propiedad de los Almeyda, en la fonda de Candelaria, se disimulan las conversaciones banales, las tertulias literarias, con las noticias de los Llanos, donde las tropas patriotas sumaban éxitos. Se enteraron del fusilamiento del coronel Bayer y sus oficiales peninsulares por parte de los patriotas en represalia de los asesinatos que cometían Morillo y sus subalternos. Luego, supieron de la toma de Chire el 27 de marzo, cuando el ejército patriota sorprendió a la guarnición española que aún dormía, destruyeron sus fuerzas y se apoderaron de equipos, vestuario y

municiones. El ejército patriota se disfrazó de español con esta ropa y lograron apoderarse de Pore, capital de los Llanos.

Estas noticias alarmaron a Morillo, quien envía un oficio al Ministro de Guerra solicitándole que no debe desprenderse de ninguno de los cuerpos que están guarneciendo los territorios...

> mucho más cuando las ocurrencias de Casanare, con la pérdida del benemérito Coronel don Julián Bayer, puso en manos de los rebeldes todos los llanos y, dueños de Chire y de Pore, están continuamente amenazando por Chita y Labranzagrande con forzar la cordillera...». (Díaz Díaz: 1962, p. 42).

Estas mismas noticias que alarmaron a Morillo pusieron en alerta a los patriotas en Santafé. Comenzó así a tejerse una conspiración que pretendía formar guerrillas en diferentes lugares del territorio. Había que hacer llegar noticias a los llaneros, informándoles del despacho de tropas españolas; había que seguir reclutando a los antiguos militares patriotas que lograron desertar del ejército español, quienes tenían conocimiento de las tácticas y estrategias de los ejércitos españoles regulares y finalmente había que aprovechar que en la orden de Morillo estaba el trasladar los ejércitos de Socorro, Tunja y Santafé hacia los Llanos, lo que dejaba libre esa ruta para el fortalecimiento de guerrillas.

Las cosas fueron bastante agitadas para los patriotas durante ese mes de agosto de 1817.

La conspiración era doble: por un lado se proponía la deserción de los soldados patriotas existentes en los cuarteles españoles y encaminarlos a los Llanos. De esta labor estaba encargada Policarpa: ella logró que Joaquín Céspedes y Antonio Arredondo se escaparan con ocho compañeros más, quienes se ocultaron en Machetá. Su plan era fortalecer las tropas de Casanare con el envío de hombres, municiones, recursos e información que les pudiera ser útil. Quería también informarles sobre los planes de Sámano de fortalecer con tropas a Paya, Sogamoso, Labranzagrande y San Martín. A los desertores se unen José María Arcos y Alejo Sabaraín, quien había regresado a Santafé después del indulto. Arcos era muy importante por ser escribiente del Batallón Tambo, quien tenía a su alcance la lista de revista, las órdenes de marcha y los partes que iba copiando.

El otro plan era el de los hermanos Almeyda y era aún más audaz: tenía por objeto provocar el alzamiento en la propia capital, aprovechando el momento en que se tuvieran noticias de la aparición de los patriotas llaneros por la Cordillera, invasión que estaban casi seguros de que ocurriría.

José Hilario López, quien hacía parte del ejército granadero, cuenta cómo la noche en que se había planeado la escapada, supo por José María Céspedes que esa misma noche debían desertar a los Llanos del Casanare llevándose cuantas armas y municiones fueran posibles...

> «A las siete de la noche, estando ya listo con mi hermano para partir al lugar donde debían juntarse por lo menos 25 personas comprometidas a la marcha, me atacó una fiebre maligna, de que ya estaba afectado, y me fue desde todo punto de vista imposible reunirme con los demás». (López: 1942, p. 132).

De esa manera escapó José Hilario López de verse mezclado en la conspiración, siendo uno de los más comprometidos:

> […] El hecho es que a mí no se me comprendió entre los conspiradores, y hasta hoy me admiro de no haber sido denunciado, pues era de los que con más calor y empeño se habían comprometido con los Almeydas, lo que sabían muy bien muchos de los que estaban en juicio y habían tenido la debilidad de hacer denuncia de los demás cómplices. (López: 1942, p. 132).

El capitán Manuel Pérez Delgado, capitán del ejército granadero, denuncia la conspiración al enterarse por un subalterno del ofrecimiento hecho a los granaderos para que se fugaran. Denuncia en la comunicación dirigida al Exmo. Gobernador y Comandante General don Juan Sámano, tanto a Ambrosio Almeyda como a sus hermanas, lo mismo que a los comerciantes del Socorro que tenían almacenes de lienzos en la Calle Real. Le informa que ha comisionado al Sargento Primero para que aprehenda al paisano Almeyda. Es así como ese 20 de agosto a las doce de la noche sale –no el sargento primero– sino el subteniente Gregorio Alfonso hacia la hacienda Tibaquíes a poner presos a los hermanos Almeyda. Estos se entregaron sin resistencia, aunque trataron de esconder algunos papeles que comprometían a sus compatriotas. En su poder se hallaron pocas armas, y entre estas una espada que tenía grabada en su hoja la frase: «Viva la América libre». Fueron llevados prisioneros al cuartel del Tambo, situado en el colegio de San Bartolomé.

Policarpa era cada vez más activa en su compromiso por la causa independentista: escribía con frecuencia a los patriotas que estaban en las guerrillas, en los Llanos de San Martín y de Casanare; auxiliaba a aquellos que querían marchar e incorporarse en las guerrillas; hacía circular las cartas y mensajes que enviaban los jefes guerrilleros y compraba –con dineros que le daban las familias republicanas– elementos de guerra que enviaba a los campamentos. De una auxiliar de tercera clase en la

resistencia, había pasado a mediados de 1817 a ser figura central de este movimiento. Sus primeros pasos fueron husmear en las puertas de los cuarteles para enterarse de los movimientos militares. Para noviembre de 1817 tenía en sus manos las listas de todos los patriotas comprometidos, había remitido algunas partidas de desertores con destino a la Comandancia Patriota de los Llanos y estaba en relación con los diferentes focos subversivos de distintos pueblos y mantenía agentes secretos en varias localidades. Dice Oswaldo Díaz Díaz al respecto:

> Seguir creyendo que Policarpa fue una figura emocional y decorativa, destinada a poner un toque sentimental en la época del Terror es disminuir en sus proporciones históricas una de las personalidades más vigorosas y eficaces de ese doloroso tiempo de nuestra patria. (Díaz Díaz: 1962, p. 67).

Al enterarse de la captura de los hermanos Almeyda, Policarpa no sólo redobla su cuidado para no ser descubierta, sino que hace fuerza para que el caso de los Almeyda sea juzgado por la justicia ordinaria, es decir, por la Audiencia de Santafé y no por la justicia militar en manos de Sámano. Fue inútil la solicitud de la Audiencia y el caso Almeyda fue llevado con celeridad de tal manera que los acusados tuvieron que elegir un defensor entre los militares. Eligieron al subteniente del Tambo don Manuel Molinos. No tenían muchas esperanzas de salir bien librados con una defensa de carácter militar, de manera que escogieron la opción de la fuga. Los hermanos Almeyda se habían ganado a los guardias con dinero y ya los tenían de su parte. Lograron volver cómplice de la fuga al cabo Pedro Torneros.



Cuenta Oswaldo Díaz que el 23 de septiembre recibió Sámano una comunicación del Ayudante Mayor don Francisco Javier Leal, que debió acabar de estropearle el hígado al vejete, en la cual le daba noticia de la fuga de los hermanos Almeyda:

> El cabo Torneros se había llegado a la luz que había en el cuerpo de guardia en ademán de encender un cigarro y la apagó y mandó al mismo centinela subiese a encenderla en una de las cuadras del cuartel y cree y es de presumir que en ese tiempo lo verificasen (la fuga) pues cuando éste bajó con la luz ya no encontró al expresado cabo Torneros que con su armamento se había marchado, y al poco tiempo se advirtió la falta de éstos (los Almeyda)... (Díaz Díaz: 1962, p. 71).

Policarpa tenía preparada toda la red de espionaje que protegió a los hermanos Almeyda durante su fuga, quienes fueron a ocultarse a Machetá, a casa de la señora Gertrudis Vásquez, quien los acogió. Lo testifica José Dolores Monsalve en su libro *Mujeres de la Independencia*:

> ...los patriotas Vicente y Ambrosio Almeyda, que logaron fugarse del calabozo del cuartel capitalino seduciendo y llevándose en su compañía al Sargento Torneros, de la guardia que los custodiaba, llegaron también con otros compañeros a ponerse bajo la protección de aquella señora el día 28 del mismo mes de septiembre y fue al lado de ella y de su madre donde estuvieron ocultos hasta que organizaron la citada guerrilla. (Díaz Díaz: 1962, p. 74).

Sabaraín hecho prisionero

El cerco se va cerrando. Sámano descubre que los patriotas tienen juntas y que auxiliaban a las guerrillas. Cogen a Juancho Molano y lo fusilan al descubrir que era uno de los auxiliadores; fusilaron a otros paisanos por la mera sospecha de ser colaboradores de las juntas o de las guerrillas. Los patriotas le piden a Andrea Ricaurte que se cambie de casa por una distante y de humilde apariencia para no despertar sospechas. Se traslada entonces a una casa en la calle 6 de la Carrera de Bolívar, dos cuadras debajo de Egipto.

Sabaraín y sus compañeros son detenidos por las fuerzas de Sámano después de su paso por Gachetá, y de haber recibido auxilio en dinero del cura Fernández, quien también fue apresado. Estaban a pocas horas de su destino final. En manos de Sabaraín están los papeles que comprometen a Policarpa como conspiradora y como reo del delito de espionaje. Descubierta Policarpa, los patriotas dejan de reunirse en casa de doña Andrea. Los únicos que continuaban yendo, no sin mucha precaución, eran los padres Salabarrietas a llevarles recursos a Policarpa y a Bibiano, la comadre de Andrea, Carmen Rodríguez y su compadre, José Ignacio Rodríguez, cuando llegaba de La Mesa y siempre lo hacía de noche.

Las autoridades españolas encargan al sargento Anselmo Iglesias apresar a Policarpa. Le ofrecen ascenderlo a oficial si logra su captura. Este hombre, calificado como sagaz, atrevido y sanguinario, la busca por todas partes. Nadie sabe de ella. Policarpa se vuelve una obsesión para el sargento Iglesias. Frente a la puerta del Colegio de San Bartolomé había una tienda, una especie de fonda. Un día en que iban a fusilar, el sargento entra a la tienda con sus compañeros y comentan sobre los fusilamientos. Con unos tragos encima, Iglesias le cuenta a la tendera sobre su encargo de encontrar a Policarpa Salabarrieta y le miente diciéndole que uno de los oficiales del excelentísimo Sámano se había prendado de la bella joven y deseaba conocer su casa para visitarla.

—Eso es fácil –dijo la tendera– por aquí pasa a veces su hermano Bibiano, quien por cierto es el retrato de La Pola. Efectivamente, unos días después pasó por allí Bibiano, la tendera le avisa al sargento y éste lo sigue hasta verlo entrar a la casa de doña Andrea.

Relata la misma Andrea Ricaurte:

> Llegó la noche que estaba muy clara; serían las once o las doce; mi marido hacía poco que se había retirado a la casa materna con su muchacho Eusebio. Estábamos en la sala Policarpa, Bibiano y yo que estaba criando, pensando en retirarnos a nuestras camas

> cuando oímos un estrepitoso ruido por la cocina, como que habían tumbado la puerta; quedamos asustadas y en silencio esperando el resultado. Salen soldados al patio, se dirigen a la sala, comprendemos lo que era; entra Iglesias dirigiéndonos insultos y amenazas. Policarpa le contesta con energía, yo permanecí sentada junto a ella, callada, me toca con un pie uno de los míos, le comprendo, me entro a la alcoba, levanto el colchón de la cama de Policarpa, recojo los papeles que había, salgo por la puerta del cuarto que estaba al lado opuesto de la sala al patio por entre los centinelas a quienes dí plata; entré a la cocina, el fogón estaba con mucho fuego porque se estaba cocinando una olla de maíz; hago que atizo el fuego y arrojo los papeles que se volvieron ceniza. Como todo lo hice con rapidez, no se apercibió Iglesias que yo hubiera salido a la cocina y menos cuando él no conocía la casa.
>
> Regreso a la sala, Iglesias me trata de insurgente, le contesté: no sé qué es insurgente; me dice que por qué tengo allí a esa mujer (a Policarpa); le dije que en esos días había llegado de tierra caliente con su hermanito que estaba enfermo; Policarpa sostuvo lo mismo. Me preguntó qué gente visitaba a Policarpa o se reunía en la casa, le dije que nadie. Nos dejó en la sala con centinelas, rondó toda la casa y no halló nada. Quiso llevarnos a todos presos pero la circunstancia de estar yo criando, la creencia de que no conocía antes a Policarpa, mi disimulo y la oposición de ésta a que me llevaran porque le había dado hospitalidad, me favoreció. Llevaron a Policarpa y a Bibiano; a éste lo azotaron y a los tres días lo pusieron en libertad, el que volvió a casa. (Restrepo Sáenz: 1949, p. 49).

A los tres días volvió Iglesias a rondar la casa. De milagro se salvó de ser descubierto *El Mosca*, pues Andrea lo cubrió con ropa sucia y le dijo al sargento que el que estaba allí era un hombre que había llegado de Choachí enfermo de labardillo. El sargento no indagó más, concluyó la ronda y se fue. Otro hubiera sido el rumbo de la historia si Andrea no quema los papeles que comprometían a muchos patriotas, entre estos estaba la lista de los que daban recursos para auxiliar a los guerrilleros; comunicaciones de los jefes de las guerrillas y borrador del estado de las fuerzas de los españoles.

La cárcel, el fusilamiento

Policarpa fue llevada primero al cuartel del Tambo, situado en San Bartolomé, a la casa de Tolrá para la celebración del Consejo de Guerra, el 10 de noviembre de 1817. Luego volvió al Tambo y finalmente la condujeron al Colegio del Rosario, escogido por Sámano de manera arbitraria como Capilla, a donde llevaron a los nueve reos que iban a ser condenados: Alejo Sabaraín, Francisco Arellano, José María Arcos, Jacobo Marufú, Manuel Díaz, José Manuel Díaz, Joaquín Suárez, Antonio Galeano y Policarpa Salabarrieta. El Consejo de Guerra se hacía rompiendo las leyes españolas, por lo que los oidores protestaron y levantaron expediente. Sin embargo, Sámano, autócrata militar, no hizo caso y apoyó el procedimiento.

El gobierno español se encargó de hacer un gran despliegue de tropas con el fin de amedrentar a los demás insurgentes.



Ya en capilla, llamaron al escribano del Rosario para tomar testamento a los condenados. Sabaraín fue muy parco en su legado: dijo ser natural de Honda, habló de su tía doña Josefa Ramos; de una certificación que dio José María Arcos, y de sumas insignificantes que debía, nombrando incluso una pequeña deuda a un zapatero. Firmó con su hermosa letra y una firmeza pasmosa para la situación en la que se encontraba[1].

No nombró a María Ignacia Valencia, que según cuentan era su novia formal, y aunque su corazón estaba en esos momentos con la Pola, María Ignacia no dejó de velarlo desde el balcón de su casa, que quedaba en frente del Colegio del Rosario ni dejó de escribirle mensajes en el ruedo de su ropa blanca con la esperanza de que él alcanzara a leerlos. La última noche pasó en vela y cuando oyó la campana que anunciaba la salida de Alejo hacia el cadalso, perdió la voz y no pudo moverse más. Pocos días después, paralítica, María Ignacia Valencia moría de tristeza.

José Hilario López fue destinado como guardia en la capilla donde estaban Sabaraín, Arellano y Arcos. Sabaraín le expresó a López que al fin la suerte había querido que muriese después de haberse librado milagrosamente de la muerte en Popayán, pero que no lo envidiaba, pues él se iba a librar de los tiranos mientras que López quedaría sufriendo los rigores y presenciando los sacrificios de sus víctimas; y le pidió que si

sobrevivía hasta la restauración de la libertad se encargara de vengarlo como compatriota, como amigo y como compañero.

José Hilario López no pudo contener las lágrimas por las palabras de su amigo. En ese momento el teniente Manuel Pérez Delgado, que comandaba la compañía, entró en la capilla, se quedó sorprendido al ver a López llorando y le preguntó la causa y López le respondió con franqueza:

> —Ud no ignora, mi teniente, que he sido compañero de capilla en otra ocasión de Sabaraín, y por consiguiente no debe extrañar que esos recuerdos me hayan producido sensaciones y lágrimas que usted observa; hágame usted el favor de hacerme relevar de este puesto.
>
> El teniente Delgado oyó la súplica de López y lo relevó de inmediato. De esta manera lo ubicaron en un ángulo del claustro y al pasar por la capilla donde estaba Policarpa, ella lo vio lloroso y le dijo:
>
> —No llore usted, Lopecito, por nuestra suerte, nosotros vamos a recibir un alivio librándonos de los tiranos, de estas fieras, de estos monstruos...
>
> El cabo que lo conducía exclamó con sospechas:
>
> —Hola! Con que la mujer lo conoce. ¡Y qué brava está! ¡Qué guapa es!
>
> López repuso:
>
> —No es extraño que yo la conozca, pues ella es muy conocida en esta ciudad, pero hacía muchísimo que no la veía.

Desde el punto donde lo ubicaron como centinela, José Hilario López pudo ver los movimientos de la Pola y por su testimonio podemos saber cómo fueron sus reacciones frente al encierro y cómo se comportó frente a la pena de muerte.

Cuenta López que La Pola replicaba a los sacerdotes que le exhortaban a confesarse y a aplacar la ira. Ella les decía en voz alta y con ira, resolución y entusiasmo patriótico:

—En vano se molestan, padres míos; si la salvación de mi alma consiste en perdonar a los verdugos míos y de mis compatriotas, no hay remedio, ella será perdida, porque no puedo perdonarlos ni quiero consentir en semejante idea. Déjenme ustedes desahogar de palabra mi furia contra esos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo. ¡Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos monstruos de iniquidad! Pero ya llegará el día de la venganza, día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda y se engañan mucho los godos si creen que su dominación puede perpetuarse. Todavía viven Bolívar, Santander, Páez, Monagas, Nonato Pérez, Galea y otros fuertes caudillos de la libertad; a ellos está reservada la gloria de rescatar la patria y despedazar a sus opresores.

Los padres intentaron callarla suplicándole que se moderara, que a nada llevarían sus palabras y que era hora mejor de pensar en la salvación de su alma.

—Bien padres, acepto el consejo de ustedes, a condición de que se me fusilen en este instante, pues de otra manera me es del todo imposible guardar silencio en vista de los tiranos de mi patria, y asesinos de tantos americanos ilustres; mil veces repito a ustedes, que en vano me exhortan a la moderación y al perdón de mis enemigos. ¡Qué! ¡Yo les había de dar esta satisfacción! No esperen que me humille hasta ese término; semejante bajeza no es propia sino de almas muy miserables, y la mía, a Dios gracias, ha recibido un temple nada vulgar.

Los sacerdotes siguieron insistiendo para que dejara ese rencor y se moderara, así quizás lograría conmover el corazón generoso y compasivo del Virrey Sámano.

> Estas palabras de los sacerdotes exaltaron aún más a Policarpa:
>
> —¡Generoso y compasivo! –replicó sonriéndose irónicamente–, no prevariquen ustedes; nunca puede caber generosidad en los pechos de nuestros opresores; ellos no se aplacarán ni con la sangre de sus víctimas; sus exigencias son todavía más exageradas, y su rencor no tiene límites. Ustedes, que me sobreviven, serán testigos de las rencillas que entre ellos mismos van a ocasionarse como en los imperios de Méjico y los incas, por disputarse la presa y ostentar la primacía de crueldad que los distingue. ¡Generoso Sámano y compasivo! ¡Qué horror! ¿Pero ustedes conciben que yo desearía conservar mi vida a cambio de implorar la clemencia de mis verdugos?, no señores, no pretenderé nunca semejante cosa, ni deseo tampoco que se me perdone, porque el cautiverio es todavía más cruel que la misma muerte...

En esos momentos pasaba por allí el teniente coronel José María Herrera, americano, jefe de Estado Mayor de la tercera división, y al oír las palabras de Policarpa, le dijo en tono burlesco:

—Hoy es tigre, mañana será cordero.

La Pola no pudo contener la ira y se abalanzó sobre él enfurecida. Los centinelas la contuvieron mientras ella gritaba:

—Vosotros, viles miserables, medís mi alma por las vuestras; vosotros sois los tigres y en breve seréis corderos; hoy os complacéis con los sufrimientos de vuestras inertes víctimas, y en breve, cuando suene la resurrección de la Patria, os arrastrareis hasta el barro, como los tenéis de costumbre. ¡Tigres, saciaos, si esto es posible, con la sangre mía y de tantos incautos americanos que se han confiado en vuestras promesas! ¡Monstruos del género humano! Encended ahora mismo las hogueras de la detestable inquisición; preparad la cama del tormento, y ensayad conmigo si soy capaz

de dirigiros una sola mirada de humildad. Honor me haréis, miserables, en poner a mayor prueba mi sufrimiento y mi resolución. ¡Americanos! ¡Herrera! ¡Instrumento ciego y degradado! Que los españoles me injurien, no lo extraño, porque ellos jamás se condolieron ni de la edad, ni del sexo, ni de la virtud; pero que un americano se atreva a denostarnos, ¡apenas es creíble! Quitaos de mi presencia, miserables, y preparaos a festejar la muerte de las víctimas que vais a inmolar; mientras os llega vuestro turno, que no tardará mucho tiempo; sabed que no llevo a la tumba otro pesar que el de no ser testigo de vuestra destrucción, y del eterno restablecimiento de las banderas de la independencia en esta tierra que profanáis con vuestras plantas...

En medio de este discurso, un oficial llamado Salcedo, dijo a los otros:

—Una mordaza debe ponérsele a esta infiel, sacrílega, blasfema.

Y otro oficial, Delgado, le contestó:

—Una jaula perpetua debiera ser su abrigo si no estuviera condenada a muerte porque no hay duda que ha perdido el juicio y es una loca furiosa.

Herrera, al retirarse, insistió en su locura y, como dice José Hilario López, quizás con el objeto de que los soldados le atribuyesen esa energía de la heroína a la falta de juicio y no a su patriotismo:

—No hay duda que está loca, loca perdida –y lo repetía constantemente.

Al día siguiente sería la ejecución, a las nueve de la mañana. Las víctimas iban en fila hacia el cadalso. La Pola iba acompañada de dos sacerdotes. José Hilario López estaba angustiado pensando que le fuera tocar a él dispararle. Logró negociar con un cabo, a quien él estaba enseñando a leer y escribir en prisión, y cambió la liberación de semejante horror por cuatro reales y el argumento de que su fusil no estaba en muy buen estado.

La Pola se resistía a marchar. Una vez vio al Mayor de Plaza al salir a la luz del sol, gritó con ira a los sacerdotes que la acompañaban:

—¡Por Dios, ruego que se me fusile aquí mismo si ustedes quieren que mi alma no se pierda! ¿Cómo puedo yo ver con ojos serenos a un americano ejecutor de estos asesinatos? ¡Ay! por piedad, no me atormenten por más tiempo con estos terribles espectáculos para un alma tan republicana como es la mía. ¿Por qué no se me quita de una vez la vida? ¿Por qué se aumenta mi tortor en los últimos momentos que me restan, poniendo ante mis ojos estos monstruos de iniquidad, estos imbéciles americanos, estos instrumentos ciegos del exterminio de su patria?...

Los sacerdotes le pedían que se calmara y resignara y ofreciera a Dios su sufrimiento e imitando al Salvador marchara humildemente hacia al patíbulo.

—Bien –dijo la Pola–, observaré los consejos de ustedes en todo, menos en perdonar a los godos; no es posible que yo perdone a nuestros implacables opresores; si una palabra de perdón saliese de mis labios sería dictada por la hipocresía y no por mi corazón. ¿Yo, perdonarlos?, al contrario, los detesto más; conjuro a cuantos me oyen a mi venganza; ¡Venganza compatriotas, y muerte a los tiranos!



Mientras esto decía, cuenta José Hilario López, que los sacerdotes se esforzaban en hablar más alto para confundir la voz de la Pola y tratar de que no la oyeran los espectadores.

La narración de López de los últimos momentos de la Pola vale la pena transcribirla tal cual aparece en su diario, para memoria de todos:

> La Pola marchó con paso firme hasta el suplicio, y en vez de repetir lo que le decían sus ministros, no hacía sino maldecir a los españoles y encarecer su venganza. Al salir a la plaza y ver al pueblo agolpado para presenciar su sacrificio, exclamó: ¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! Pero no es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir la muerte y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo...

Los sacerdotes seguían haciendo esfuerzos para que sus palabras no fueran escuchadas. Continúa López: «Llegada al pie del banquillo volvió otra vez los ojos al pueblo y dijo: "¡Miserable pueblo! yo os compadezco; algún día tendréis más dignidad"».

Entonces se le ordenó que se montase sobre la tableta del banquillo porque debía ser fusilada por la espalda como traidora; ella contestó: «Ni es propio ni decente en una mujer semejante posición; pero sin montarme, yo daré la espalda si esto es lo que se quiere». Medio arrodillándose luego sobre el banquillo y presentando la mayor parte de la espalda, se la vendó y aseguró con cuerdas, en cuya actitud recibieron la muerte ella y sus compañeros.

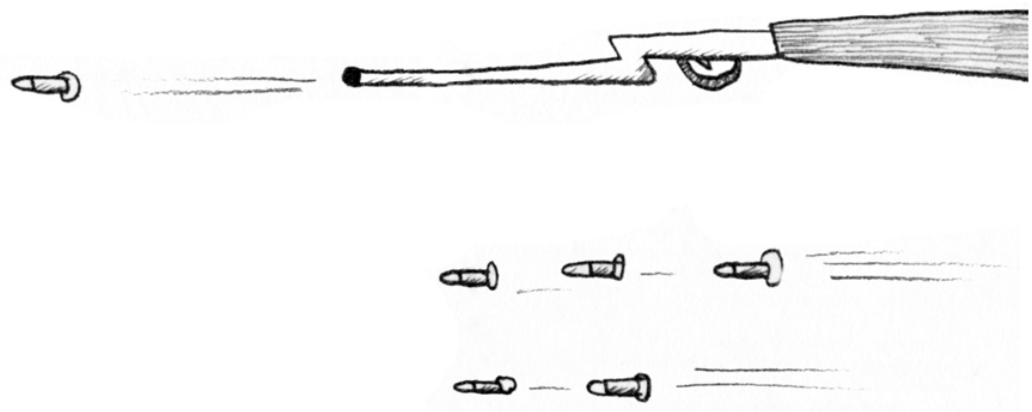
Arcos, compañero de celda de Sabaraín, pronunció al pie del banquillo la siguiente cuarteta:

No temo la muerte;
Desprecio la vida;
Lamento la suerte
De la patria mía.

Los nueve cadáveres fueron recogidos y llevados a la iglesia de La Veracruz de la hermandad del Monte de Piedad. Ese mismo día se reunió la Real Audiencia y dejó constancia de que se habían levantado nueve banquillos y dos horcas en el frente norte de las casas del Tribunal, y que habían sido ejecutados ocho hombres y una mujer. Los oidores se quejaron porque habían sido saltadas las normas y las leyes del reino, pues los reos debieron haber sido juzgados por la Sala del Crimen y no por el Consejo de Guerra permanente, como pasó y como ordenó Juan Sámano[2].

Una canción fúnebre se hizo popular:

Granadinos, la Pola no existe,
Por la Patria su muerte llorad,
Por la Patria a morir aprendamos
O juremos su muerte vengar.
Por las calles y al pie del suplicio,
«Asesinos, gritaba, temblad!
¡Consumad vuestro horrible atentado!
¡Ya vendrá quien me sepa vengar!».



La noticia del fusilamiento de la Pola produjo profunda tristeza en los habitantes de Guaduas. Polita, como la recordaban amigos y familiares, se convertía en una víctima más del régimen del terror que cada vez era más horrible e insoportable. El miedo y la rabia eran los sentimientos que dominaban a los granadinos por aquellos tiempos.

> Las noches en las poblaciones eran tristes y sombrías; no se oía el más ligero ruido, a excepción de las pisadas regulares de las patrullas españolas. Recogidos los habitantes en sus habitaciones desde temprano, cerraban puertas y ventanas, no hablaban en alta voz y en las piezas más recónditas, huyendo del alojado, se comunicaban las noticias que adquirían, las comentaban y bendecían en secreto el nombre de Bolívar. (Ibáñez: 1915, p. 418).

Bibiano dejó su testimonio después de la muerte de su hermana:

> Después de la infeliz catástrofe en que mi desgraciada hermana fue reducida al cadalso, tuve que fugar para la provincia de Cartagena, en donde estuve sufriendo persecuciones por los españoles, reducido a Sabanas de Corozal, hasta que habiendo llegado las tropas Republicanas, me fui a Turbaco, a donde era el Cuartel general; allí estuve hasta que sucedió el asalto de los españoles, en el cual incendiaron algunas casas, y entre las cuales una de ellas era en la que habitábamos mi hermano y yo, de cuyo resultado se me perdieron los documentos que me había dado el general Serviez. (Hincapíé: 1952, p. 224).

Pero el sacrificio de la Pola y de tantos patriotas no fue en vano. Cada vez se unían más hombres a los ejércitos patriotas. La situación se hacía insostenible. Las escenas de fusilados eran pan de cada día. En medio de tanta tragedia hubo escenas que resultaron tragicómicas, como aquella de fusilar estatuas, demostrando el deseo que tenía el viejo Sámano de acabar hasta con la sombra de quien resultaba sospechoso de apoyar la república o mostrarse en contra del régimen realista. Fue el caso del «fusilamiento», entre comillas, de Vicente y Ambrosio Almeyda. ¡Qué hubiera hecho la Pola frente a esta escena! Los guardias obligaron a los reos a arrodillarse al frente de la bandera del Batallón del Tambo, y entre los reos estaban no los

hermanos Almeyda en persona, sino sus estatuas. La otra estatua era del cabo Pedro Torneros, el mismo que los había ayudado a escapar de la cárcel. Luego se les pasó por las armas y más tarde ahorcaron a los muertos verdaderos y a las estatuas les cortaron la cabeza, las cuales fueron enviadas a Chocontá. Mientras esto pasaba, los Almeyda y Torneros, los verdaderos, estaban en los Llanos del Casanare luchando en el ejército republicano.

Ese mismo día, Morillo le escribía al Ministro de Guerra diciéndole que había recibido una carta de Bolívar escrita en Calabozo, Venezuela:

> Por cuyo insolente lenguaje verá Vuestra Excelencia las ideas que abriga este traidor, el aprecio que él y los que le siguen han hecho de los indultos publicados, y la inaudita osadía con que se atreve a profanar el augusto nombre del Rey Nuestro Señor. (A Rodríguez Villa, citado por Ibáñez: 1915, p. 418).

La carta de Bolívar escrita en la mañana del día 13 de enero decía:

> Usted (Morillo) y toda la miserable guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores; y así, ninguna esperanza fundada puede lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría si estuviese como usted reducido a Calabozo. Aproveche usted nuestra clemencia o resuélvase a seguir la suerte de su destruido ejército. (Ibáñez: 1915, p. 405).

Bolívar y Morillo se habían enfrentado por primera vez en el campo de batalla de Calabozo donde el jefe español fue vencido.

Bolívar escribía en Angostura el 7 de agosto de 1818, un año antes de triunfar en Boyacá:

> Muy pronto estará el Ejército grande en campaña... Nuestra situación es la más ventajosa. El enemigo destruido como está, no puede emprender nada contra nosotros y debe ser atacado en todas sus posiciones.

Ocho días después proclamaba:

> Granadinos! Ya no existe el Ejército de Morillo. Nuevas expediciones que vinieron a reforzarlo tampoco existen. Más de 20.000 españoles han empapado la tierra de Venezuela con su sangre. ¡Granadinos! El día de la América ha llegado y ningún ser humano puede retardar el curso de la Naturaleza, guiado por la mano de la Providencia. (Ibáñez: 1919, p. 418).

El 6 de febrero de 1819 Fernando VII firmaba en Madrid la Real Cédula por la cual se nombraba a Juan Sámano Virrey del Nuevo Reino de Granada.

El 15 de febrero se reunió en Angostura el segundo congreso de Venezuela. Ante éste reconoció Bolívar la soberanía del pueblo. El

Congreso eligió presidente de la República a Bolívar y vicepresidente a Francisco Antonio Zea. Bolívar propuso al Congreso la unión de Venezuela y la Nueva Granada con el nombre de Colombia, aunque el único territorio libre en esos momentos era la provincia de Casanare.

El libertador organizó el gobierno ejecutivo, mientras Morillo denunciaba al ministro de Guerra Español la presencia de británicos apoyando a los insurgentes.

> —Hemos visto por primera vez tropas rebeldes vestidas a la inglesa completamente, y a los llaneros de Apure con morriones y monturas de caballería británica. (Ibáñez: 1919, p. 430).

Agrega Ibáñez: «Cinco mil soldados y muchos marineros, organizados, vestidos y armados, vinieron a las costas de Venezuela y de la Nueva Granada para luchar por la causa de la independencia».

El dos de abril tuvo lugar en las márgenes del río Arauca el combate conocido como Queseras del Medio. Bolívar concedió la cruz de Libertadores a todos los vencedores de la gloriosa acción, y al día siguiente dijo a los hombres del ejército de Apure:

> —¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones... ¡Soldados! Lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate, ¡y contad con la victoria, que lleváis en la punta de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas! (Ibáñez: 1919, p. 432).

El ejército patriota siguió avanzando, los batallones: Cazadores, Nueva Granada, Venezuela, Rifles, Barcelona, Bravos de Páez y Legión Británica, y los escuadrones: Lanceros del Alto Llano, Guías de Apure, Guías de Casanare y Dragones, se unen. Las guerrillas, con nombres propios de cada zona del territorio, van cercando al enemigo: Coromoro y Guadalupe en las comarcas del Norte; Játiva en la provincia de Tunja; Chocontá y Monserrate cerca de la capital; Capitanejo en la Provincia de Pamplona.

Mientras tanto, Morillo le comunica al ministro de Guerra: «Los insurgentes tienen libre la navegación de los ríos Orinoco, Casanare y Meta; dominan la Guayana y los Llanos; sostienen ejército en Chire y partidas en las montañas». (Ibáñez: 1919, p. 434).

La batalla decisiva se libra en el puente del Pantano de Vargas el 7 de agosto de 1819.

Cuando los españoles realistas de Santafé se enteraron del triunfo de los patriotas, entraron en pánico. Sámano se calló la noticia para tener tiempo de preparar su huida. Con esta actitud lo que generó fue que cada uno trató

de salvarse como pudo. Todos querían llegar cuanto antes a Honda y corrieron con lo que tenían puesto. «Dejaron abiertas y abandonadas las casas y tiendas de comercio, de que se apoderaron los patriotas de última hora, y emprendieron camino de la migración, asidos de las manos, ancianos, padres, esposas e hijos, en grupo desolados que no se atrevían a mirar atrás para no perder ni un momento de un tiempo que les valía la vida; y, como complemento de aquel cuadro, sólo comparable a un cataclismo bíblico, Sámano, el autor principal de las atrocidades que hacían temer la venganza de los insurgentes victoriosos, y que debió a lo menos organizar la retirada de los realistas, huyó vestido con traje de campesino de la Sabana, montado en soberbio corcel, precedido de numerosa escolta de caballería, que atropellaba a los malaventurados fugitivos que le cerraban el paso, dejándolos envueltos en torbellinos de polvo que levantaban los caballos con su incesante galopar. «Cada uno para sí, y Dios para todos», eran las palabras que don Juan dirigía por vía de aliento a los emigrantes que le pedían algún socorro en su desesperada situación; y, en los breves instantes que se detuvo en Facatativá, ordenó a los de su séquito que activaran la marcha, porque «!venían los cobardes!». (Cordovez Moure: 1997, p. 322).

Cuenta Cordovez Moure que un español aficionado a los gallos mantenía uno en el balcón de su casa, y al tener noticia de la próxima llegada de los patriotas huyó despavorido llevando consigo el gallo en lugar de una mochila con dinero que tenía al lado de éste; a corta distancia de Santafé se dio cuenta, pero no se atrevió a regresar y siguió con el gallo que le sirvió de cena en la primera posada en la que durmió.

El 10 de agosto llegó Bolívar a Santafé. La gente en la plaza vio a un grupo de jinetes al frente de los cuales se veía uno

> con cabellera crespa que flotaba al viento, grueso mostacho y patillas cortas, vestido con una capita mezquina, morrión deteriorado, botas raídas y sable al cinto. Era el Libertador. Dos días después empezaron a llegar los vencedores pero en tal estado de miseria que parecían facinerosos escapados del presidio y no los héroes que habían superado en mucho a los que inspiraron a Homero su inmortal Ilíada. (Cordovez Moure: 1997, p. 322).

Bolívar nombra vicepresidente, con facultades extraordinarias, al general Francisco de Paula Santander, partiendo para Venezuela el 20 de septiembre de 1819, con el objeto de liberarla, lo que logró en la batalla de Carabobo, el 25 de junio de 1821, cuando los venezolanos celebran su independencia.

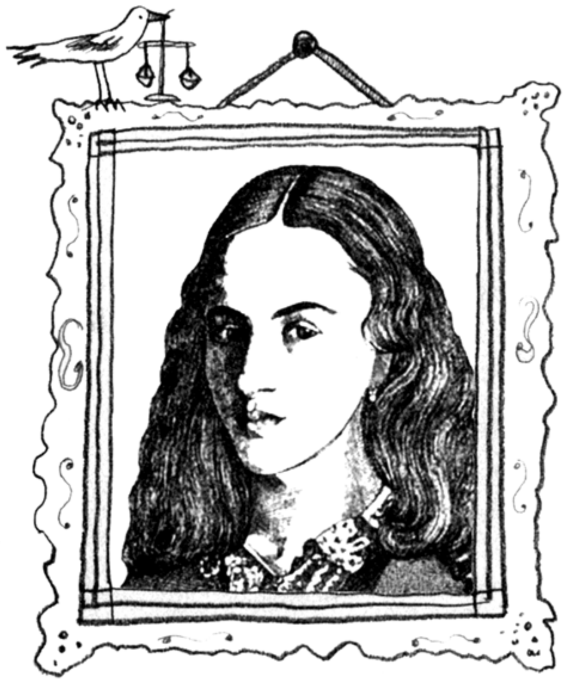
En medio de la desolación que dejó el terror y de la urgencia de organizar la nación, los santafereños hicieron una catarsis colectiva: durante una mañana entera presenciaron el fusilamiento de grupos de españoles, seguidos uno del otro. Y después se dio vía libre para que el pueblo saciara su sed de venganza. La escena era tan dantesca como las que presenciaron durante los años del terror. El general Santander recibió censuras por la ejecución de los prisioneros españoles. Pero él se defendió con el derecho que le daba la guerra a muerte y la razón de Estado.

Treinta años después de la muerte de La Pola, recién pasado el terror y con el dolor aún vivo, aunque con el incierto sabor de la victoria, en la Gallera Vieja, algunos artesanos aficionados al teatro representaron la tragedia de Policarpa Salavarrieta, escrita por don José María Domínguez. En la escena en que llevan el cadáver de Sabaraín a la capilla en que estaba la Pola preparándose para morir, el público enardecido empezó a dar gritos en contra del viejo Sámano y del ejército realista. Unos pedían la cabeza de los tiranos, otros que los apedrearan y los demás allá pedían que se prendiera fuego a la casa donde vivió el tirano, que era de techo pajizo. La situación estaba a punto de salirse de manos cuando se le ocurrió al empresario una idea que impidió la violencia: se presentó en el proscenio y dirigió a los enfurecidos espectadores las siguientes palabras:

> —Respetable público; en atención al justo desagrado con que se ha recibido la sentencia que condena a Policarpa Salavarrieta a sufrir la pena de muerte, el excelentísimo señor virrey, don Juan Sámano, ha tenido a bien conmutarla por la de destierro a los Llanos.

Todos aplaudieron quedando contentos y convencidos[3].

El pueblo empezaba a sanar su dolor y Policarpa quedaba viva en su memoria. Su muerte no había sido en vano.



[1] Restrepo Sáenz relata en su informe presentado a la Academia Colombiana de Historia, según protocolo de la Notaría 13 de Bogotá. Restrepo, Jose María y Ortega Ricaurte, Enrique. *La Pola yace por salvar la patria*. Publicaciones del Archivo Nacional de Colombia, vol. XXI. Prensa del Ministerio de Educación Nacional: Bogotá, 1949.

[2] La escena del cadalso y del fusilamiento es tomada del diario de José Hilario López, quien fue testigo presencial. López, José Hilario. *Memorias*. Tomo I. Editorial abc: Bogotá, 1942.

[3] Esta escena es narrada por J. M. Cordovez Moure. p. 55.

Bibliografía consultada

Álvarez Guerrero, Rafael. *Policarpa, ¿una heroína genio?* Empresa Editorial de Cundinamarca: Bogotá, 1995.

Arámbarri, Francisco Xavier. *Hechos del general Pablo Morillo en América*. Vol. I. Servicio de Publicaciones de la Embajada de Venezuela en España: Murcia, 1971.

Badrán Padauí, Pedro. *Crónicas y relatos de la Independencia*. Ediciones B: Bogotá, 2009.

Cordovez Moure, José María. *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Fundación para la Investigación y la Cultura FICA: Cali, 1997.

Díaz Díaz, Oswaldo. *Los Almeydas*. Editorial ABC: Bogotá, 1962.

Domínguez Roche, José María. *La Pola*. Arango Editores: Bogotá, 1988.

Ejército de Colombia-Estado Mayor General. *Campaña de Invasión del Teniente General don Pablo Morillo*. Talleres del Estado Mayor General: Bogotá, 1919.

Espinosa, José María. *Memorias de un abanderado*. Plaza y Janés Editores: Bogotá, 1983.

Gutiérrez Ponce, Ignacio María. *Las crónicas de mi hogar o apuntes para la historia de Santafé de Bogotá*. Biblioteca de Bogotá. Planeta-Asociación de amigos del archivo de Bogotá-Secretaría General de la Alcaldía Mayor: Bogotá, 2008.

Hincapié Borda, Alicia. *Tras la imagen y la presencia de Policarpa*. Lerner Ltda.: Bogotá, 1996.

Hincapié Espinosa, Alberto. *La villa de Guaduas*. Editorial Minerva: Bogotá, 1952.

Ibáñez, Pedro María. *Crónicas de Bogotá*. Tomos I y II. 2ª ed. Imprenta Nacional: Bogotá, 1915.

López, José Hilario. *Memorias*. Tomo I. Editorial: Bogotá, 1942.

Marriaga, Rafael. *Una heroína de papel*. Ediciones Arte: Barranquilla, 1948.

Mitre, Bartolomé. *Policarpa Salavarrieta, cuatro épocas*. Instituto Mitre, 1947.

Montalvo, Francisco, *Sámano, Juan. Los últimos Virreyes de Nueva Granada*. Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo y noticias del Virrey Sámano sobre la pérdida del reino. Editorial América: Madrid, s.f.

Montoya de Umaña, Enriqueta. *La criolla Policarpa Salavarrieta*. Instituto Colombiano de Cultura: Bogotá, 1972.

Morales-Pino, Augusto. *Redoblan los tambores*. Novela basada en la vida de Policarpa. Editorial Kelly: Bogotá, 1963.

Policarpa 200. Exposición conmemorativa del bicentenario del nacimiento de Policarpa Salavarrieta. Museo Nacional de Colombia: Bogotá, 1996.

Posada, Eduardo. *Apuntes sobre La Pola*. Conferencia dictada en la Academia Nacional de Historia. Imprenta departamental: Bogotá, 1917.

Restrepo, José María y Ortega Ricaurte, Enrique. *La Pola yace por salvar la patria*. Publicaciones del Archivo Nacional de Colombia. Vol. XXI. Prensa del Ministerio de Educación Nacional: Bogotá, 1949.

Rivas, Medardo. *La Pola: drama histórico en cinco actos*. Imprenta i estereotipo de Medardo Rivas: Bogotá, 1871.

ROMERO, Flor. *Yo Policarpa*. 3 ed.: Bogotá, 2003.